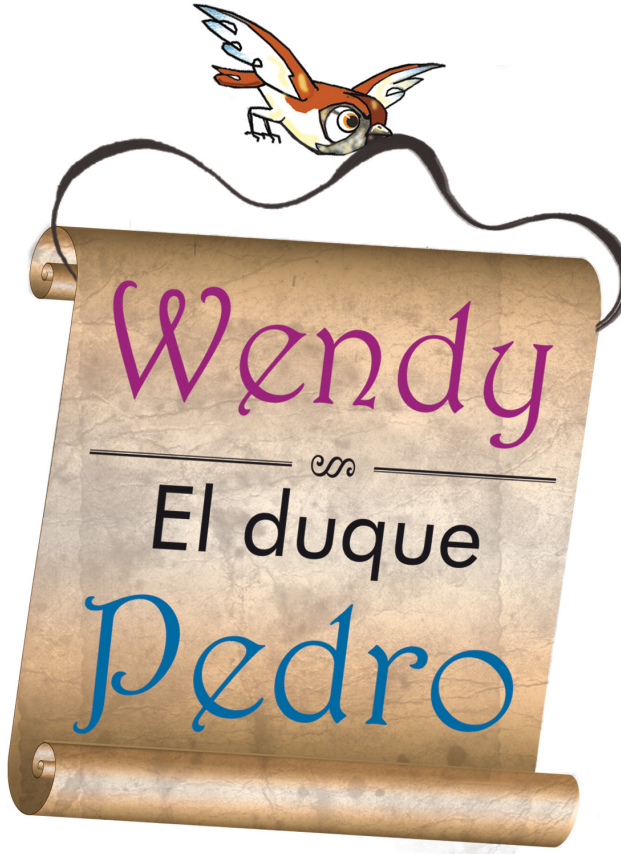
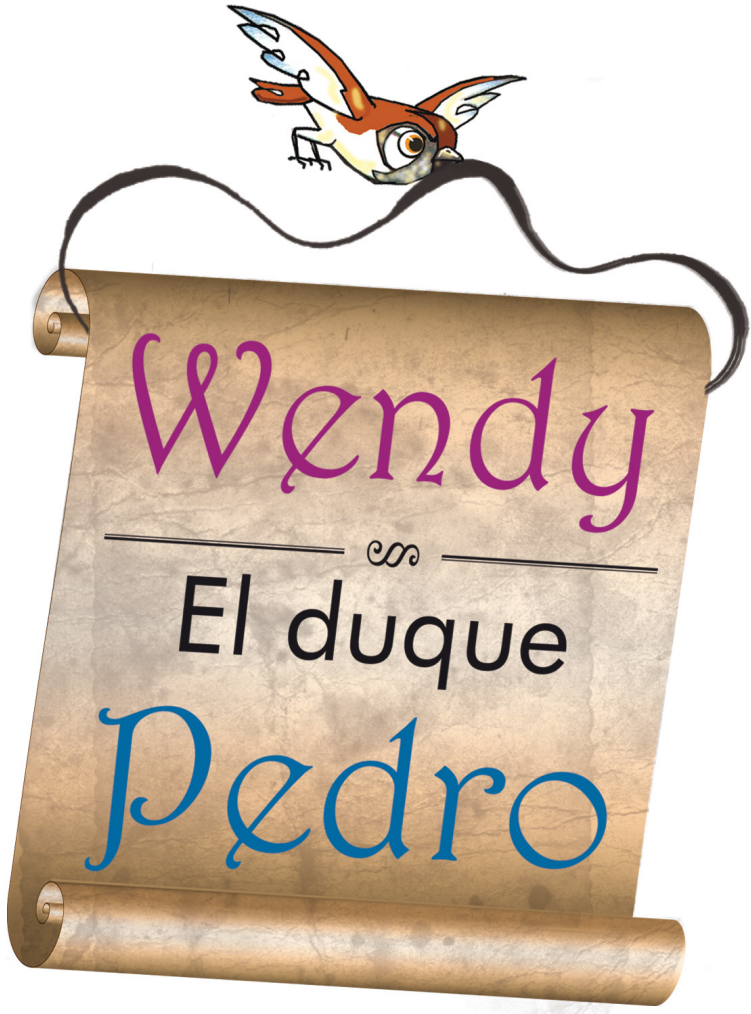

Wendy
El duque
Pedro



Orlando Cardoso Villavicencio

Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2018

Edición: *Isora Gutiérrez Romero*
Diseño interior y realización: *Claudia Gorrita Martínez*
Corrección: *Catalina Díaz Martínez*
Ilustraciones: *Luis Bestard Cruz*
Cuidado de la edición: *Tte. cor. Ana Dayamín Montero Díaz*

© Orlando Cardoso Villavicencio, 2018
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2018

Primera edición, 2001
Segunda edición, 2010

ISBN 978-959-224-431-3

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

Para mi linda Amalia
moradora de las rosas.
Para Claudia, voraz mariposa
hija ilustre de las dalias.
Para Orlandito, de ilusiones varias
lindo Arlequín de mil colores:
para mis tres hijos, bellos soles
que decoran, junto a mi familia y amigos,
con esplendor y felicidad el nido
donde mi dicha sonríe en un mar de flores.

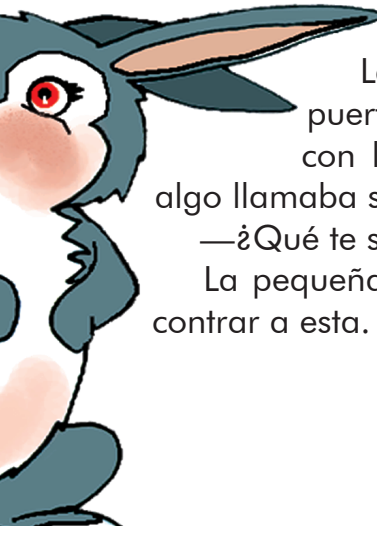
Wendy

Hace muchos años existió una hermosa niña llamada Wendy. Vivía en un gran bosque, en lugar muy apartado, acompañada de su abuelita Francisquita, una anciana que la quería mucho. Vivían solas, el silencio y la belleza de los árboles eran las únicas compañías.

No había acceso de ningún tipo a su choza con la única excepción del caudaloso río que pasaba cerca de allí, por el cual raras veces se aventuraban seres humanos. Cuando esto ocurría, el contacto se limitaba a un breve intercambio de palabras. Las escasas ocasiones que llegaban hasta la vivienda, eran atendidos con amor.

Un día, al salir con el alba para cumplir con los deberes, como era costumbre, Wendy no pudo evitar detenerse, extasiada por la frescura que envolvía su tierno cuerpecito. Disfrutaba de los amaneceres. Este en particular se le antojó el más espléndido de todos.

Recorrió los alrededores con la mirada como si esperara encontrar alguna cosa nueva que sustituyera la monotonía de siempre, lo cual resultaba improbable en rincón tan retirado. La abuela, asomada en ese momento a la puerta, se sorprendió al verla tan tranquila, con la vista fija en el bosque. Parecía que algo llamaba su atención.



—¿Qué te sucede, mi niña?

La pequeña, sobresaltada, se dio vuelta para encontrar a esta.

—No, abuelita, solo me detuve porque… ¿sabes?, me parece que esta mañana es la más preciosa que he visto en mi vida.

—Sí, es muy hermosa.

Wendy miró de nuevo hacia el grupo de árboles que le limitaba su visión más allá de ellos.

—Abuelita, siento algo extraño dentro de mí…

—¿Qué podrías sentir, mi niña? —sonrió la abuela.

—Es raro… —dijo la chica— tengo la sensación de que hoy será un día extraordinario para nosotras.

Aquellas palabras no dejaron de sorprender a la anciana, pero como no había motivo de preocupación, decidió no darles importancia.

—No debes preocuparte, en esta soledad que nos rodea nada malo nos puede ocurrir.

—¿Y por qué ha de ser malo? Solo presiento que la rutina se romperá, y ¿quién sabe?, tal vez sea una de esas raras visitas que tanto nos excitan.

La abuela sonrió de buena gana, y exclamó:

—¡Qué ocurrencia! ¡Hace tanto que no vemos persona alguna!

—¿Y si alguien aparece, abuelita? —dijo Wendy como si creyera que la insistencia haría realidad sus deseos.

Francisquita se encogió de hombros.

—Si viene alguien, mi niña, lo recibiremos con el amor y respeto que nos caracteriza.

—Es cierto. De todas formas, debemos estar listas para atender una gran visita —pensativa, concluyó la niña—. Estoy segura de que hoy la alegría nos sorprenderá. Adiós, voy al encuentro con mis amiguitos y a ordeñar la vaca.

Salió a toda carrera. Su cabello, largo y dorado, ondeaba por la fresca brisa. La anciana quedó pen-

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 12 31/10/2018 16:13:04

sativa, con una sonrisa de satisfacción en sus labios. Mientras la seguía con la vista murmuró:

—¡Ojalá se cumplan tus deseos!

Wendy no rompía su rutina por nada. Se había habituado a desempeñar las tareas en horarios precisos y nunca, a no ser que sucediera lo inesperado, osaba alterar el orden que ella misma había establecido. Lo aprendió tras desagradables riñas con sus amiguitos, los cuales en varias ocasiones se alejaron de ella por su impuntualidad. Prefería cualquier castigo antes que verlos enojados.

Por eso aquella mañana se sintió, más que extrañada, disgustada con ellos. ¿Cómo era posible que, siendo tan exigentes, no aparecieran a la hora acostumbrada? La duda la dominó. Estaba dolida.

Sus dos amigos muy queridos, la veloz liebre y el inquieto gorrión, cada mañana bien temprano, la esperaban a la entrada de la casa para darle caricias. A veces, cuando la niña se adelantaba un poquito, corrían a ofrecerles sus mimos matutinos mientras esta ordeñaba la vaca. Siempre era así. Ese día ninguno de los dos había aparecido y ella se preocupó.

Realizó el ordeño con toda la lentitud que pudo, a pesar de las protestas del animal, el cual exigía unirse a su hijo. El tiempo transcurría y no llegaban los amiguitos.

—¿Qué habrá pasado? —, se preguntó en alta voz.

Estaba muy preocupada. Pero no perdió la esperanza. Pensó que, de un momento a otro, los vería aparecer. No tenía más remedio que esperar.

—Tal vez estén jugando en el bosque —se dijo—, también es posible que…

Una idea horrible le pasó por la mente. Sintió miedo.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 13 31/10/2018 16:13:04

Había oído comentar a su abuela de los crímenes causados por irresponsables cazadores que se dedicaban a matar animales indefensos en el bosque. Nunca los había visto por los alrededores, pero cabía la posibilidad de que alguno se hubiera acercado lo suficiente como para hacerles daño a sus amiguitos. Experimentó tanta agonía, que el llanto estuvo a punto de brotar. Decidió regresar al hogar.

Le contó su pesar a la abuela, quien la consolaba con cariño convencida de que nada malo había sucedido. Pero Wendy no podía quedarse quieta, entraba y salía de la casa una y otra vez, dominada por la ansiedad.

—Quizá estén esperando por ti en el huerto. Ellos saben que a estas horas trabajas allí.

—Pero abuelita, siempre me esperan a la entrada de la casa, solo cuando me adelanto corren hasta el huerto. ¿Por qué debe ser diferente hoy? Presiento que algo les ha pasado.

—Llégate hasta el huerto —sugirió la anciana—. Si se encuentran allí, muy bien, de lo contrario…

—¿Si no están qué hago, abuelita?

—En ese caso saldremos juntas a recorrer el bosque. Ya verás que es solo una alarma.

—¿Me lo prometes?

—Sí, mi niña.

—Voy entonces para allá. Hoy tengo que deshierbar los canteros de lechugas y de coles. ¿Sabes una cosa, abuelita? ¡Este año tendremos una buena cosecha!

Francisquita había dedicado casi toda la vida a mantener un pequeño plantío cerca de la choza. Cul-

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 14 31/10/2018 16:13:04

tivaba vegetales, viandas, frutas..., los que enriquecían las comidas de cada día, y el excedente los procesaba y almacenaba, para consumirlos durante el largo y frío invierno, cuando la nieve y las tormentas no permitieran salir al exterior. El trigo ocupaba un área privilegiada, pues su cosecha le proporcionaba hornear panes y dulces deliciosos, que nunca faltaban.

Wendy acompañaba a su abuela en las labores agrícolas y como no era perezosa, trabajaba y aprendía las mañas y los secretos para lograr cosechas abundantes y de calidad. El paso de los años y el exceso de trabajo provocaron un lógico agotamiento en Francisquita. Entonces la nieta se hizo cargo por completo de la tierra y su producción, mientras la anciana realizaba las tareas hogareñas.

Durante el trayecto la niña miraba hacia todas direcciones con la esperanza de encontrar a sus amigos. El miedo no se había apartado de ella, era una sensación rara, jamás experimentada, que le provocaba una terrible certidumbre. Nunca más vería a sus fieles y queridos compañeros de juego. No se imaginaba la vida sin ellos.

Se detuvo en el campo de lechuga. Levantó la vista y escudriñó el cielo azul por donde, tal vez, apareciera el gorrión.

Desilusionada, miró entonces hacia el bosque, deseosa que de él saliera la alocada liebre con sus acostumbrados saltos de alegría… Pero nada, ni el uno ni el otro... Tanta era la tristeza que por sus mejillas corrieron lágrimas. Muy pronto ese estado emocional se convirtió en euforia a causa de un chillido lejano.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 15 31/10/2018 16:13:04

—¡Es la liebre! —gritó.

En ese instante apareció el gorrión, volaba muy alto y emitía sonidos raros, nada común en él.

Wendy brincó por la emoción. Había pasado el mal momento. Se preparaba para recibirlos y exigirles una explicación por la demora.

Grande fue su sorpresa cuando se percató de que rehuían acercarse. La liebre saltaba sin cesar, mientras el gorrión volaba desesperado sobre ella. No entendía aquel comportamiento. ¿Qué sucedía?

—¿Por qué no vienen hasta mí? —dijo, lo más alto que pudo.

Por la forma de actuar, parecía que no la escuchaban. La liebre no dejaba de saltar compulsivamente en las inmediaciones del huerto, y el gorrión, siempre tan tierno y dulce, se veía como asustado por algo que ella no acababa de ver. Repetidas veces, con gritos, Wendy les exigió una explicación:

—¿Qué les sucede, amiguitos? ¿Por qué no vienen a mi encuentro?

La reacción de los animalitos aumentó su alarma e incertidumbre, pues llegó a la conclusión de que querían advertirla de un peligro. Buscó con la vista la causa de tanto aspaviento. Solo apreció la belleza del bosque iluminado por el sol brillante de todos los días.

Recorrió con la mirada las aguas cristalinas del río en busca de evidencia, pero nada delataba alteración alguna.

—¿Qué ocurrirá? Tengo mucho miedo —murmuró temblorosa.

No podía permanecer ni un minuto más en aquel lugar. Consideró que sus amiguitos la alertaban de un grave peligro. Debía consultar con la abuela.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 17 31/10/2018 16:13:05

Presa del miedo, corrió cuanto pudo en dirección de la choza, sin atreverse a mirar atrás. Los amiguitos no se movieron de sus posiciones, aunque estimulaban a la niña por su decisión, con gritos alborotados. Daba la impresión de que le exigían más rapidez.

Impulsada por el pánico que la dominaba, corrió más y más rápido. Ahora sí estaba convencida de que algo muy grave sucedía, por tanto, tenía que llegar cuanto antes a la casa para escuchar los sabios consejos de la abuelita. Impuso a sus pasos una velocidad jamás lograda.

Ya en los límites del sembradío tropezó con un obstáculo que la hizo rodar por tierra. Temblaba, pero se levantó inmediatamente para ver qué la había hecho caer. Un grito de horror salió de su garganta. A sus pies, pálido y maltrecho, un hombre herido la miraba con ojos suplicantes.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 18 31/10/2018 16:13:05

—Por favor, niña, deme un poco de agua —gimió.

¡No podía creer lo que estaba sucediendo! Nunca imaginó una escena como esa: casi a las puertas de su casa, tropezar con un hombre cubierto de sangre por heridas, y medio moribundo. Resultaba difícil la situación. Razón tenían los amiguitos. ¡Ahora comprendía!

El herido la miraba con los ojos entreabiertos, sin fuerzas apenas para hablarle. Wendy sintió tanto miedo que estuvo a punto de desmayarse. Por suerte la urgencia del momento le dio fuerzas para reaccionar.

Como una flecha recorrió la distancia que la separaba de la choza. Solo la anciana podía hacerle frente a tamaño problema. Esta, sin imaginarse el aprieto por el que pasaba su linda nietecita, picaba unos vegetales para el almuerzo. Atendía ese trabajo y rememoraba momentos agradables junto a la niña.

Agradecía a la vida por la dicha de tener una nieta tan buena. Grande fue su sorpresa al verla irrumpir en la casa presa del pánico y con el rostro muy pálido.

—¡Abuelita, abuelita, hay un hombre herido en nuestro huerto! —gritó fuera de sí, a la vez que se lanzaba a los brazos de la anciana.

Francisquita, como de costumbre, la recibió con ternura, convencida de que estaba equivocada.

—Estás muy alterada, mi niña —le dijo mientras sus manos se perdían en la rubia y larga cabellera—, la tardanza de tus amiguitos te ha puesto muy nerviosa.

Wendy se apartó bruscamente, y desesperada exclamó:

—¡Abuelita, por favor, es cierto lo que digo!

—Es imposible. Puede que te hayas equivocado con un árbol tendido en el suelo. ¡Hay muchos por allí!

La niña la interrumpió:

—Por favor, no me he confundido con nada, hay un hombre en el huerto, al lado del árbol de las flores blancas que tanto te gustan. ¡Está todo cubierto de sangre! ¡Por Dios, abuelita, tienes que creerme! ¡Él se puede morir!

Con estas últimas palabras Wendy se deshizo en lágrimas. Francisquita no salía de su asombro. La nieta

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 20 31/10/2018 16:13:06

era incapaz de mentir, mucho menos ante un hecho tan delicado. Al propio tiempo, consideraba imposible la presencia de un hombre herido en lugar tan distante del bosque.

Para ella, por esos lares podía aparecer un viajante errático, quien detuviera su marcha para ingerir alimentos o descansar, y de inmediato continuar el camino, o cosa por el estilo. Lo que decía su nieta no era posible.

No tenía más remedio que comprobar qué sucedía. Atrajo con delicadeza a la niña y la besó en el rostro bañado de lágrimas.

—Ven conmigo —le dijo—. Acompáñame hasta el sitio exacto.

La chica la abrazó con fuerza.

—Gracias, abuelita, ya verás que no miento.

Salieron tan rápido como el achaque de los años le permitía a la anciana. Persuadida de la veracidad del suceso contado por la niña, durante la caminata pensó que peligraban la tranquilidad y el contento de sus vidas.

Iba preparada para lo peor, sin embargo, no podía evitar un miedo muy grande. Ante la realidad, casi inconsciente, dejó escapar un grito de terror, y la niña, asustada, se aferró a ella. Todo era exactamente como Wendy contaba. No existía exageración alguna. Tendido en el suelo, moribundo y cubierto de sangre, un hombre la miraba con ojos suplicantes.

¡Cuánto deseó que todo fuera una broma de su nieta! La realidad era muy cruda y cruel. Contrariada, no sabía qué hacer, su buen corazón le decía que no podía dejar desamparado al desdichado. Si le abandonaba, estaba segura de que moriría en poco tiempo. Al mismo tiempo asistirlo podría traerle consecuencias indeseables. Sin pensarlo más, decidió ayudarlo.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 21 31/10/2018 16:13:06

Se arrodilló al lado de este, abrumada por la idea de que comenzaba un período difícil e impredecible en su vida. Sintió aprensión de pensar en el futuro, pero ahora, lo más importante era el desvalido.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó.

Con fuerzas apenas para moverse, él emitió un gemido casi imperceptible. Luego, con mucha calma, habló sin apartar su vista de la mujer.

—Deme un poco de agua, por favor.

Francisquita se volvió hacia Wendy, quien observaba la escena sin atreverse a intervenir de ningún modo.

—Mi niña, tráele agua al señor, apúrate.

La chica corrió veloz hacia la casa, mientras la anciana, llena de ternura, se dirigió de nuevo al hombre.

—Podrá saciar su sed de inmediato, señor.

—Gracias, señora.

Wendy regresó con una jarra llena del cristalino y fresco líquido. Con dificultad el hombre se incorporó, Francisquita le ayudó a beber. Tanto lo necesitaba que no dejó ni gota. Experimentó un alivio muy grande, entonces cerró los ojos y se dejó caer al suelo, quedó desmadejado.

—¡Abuelita, el señor se murió! —gritó Wendy aterrorizada.

Sorprendido por el grito el hombre abrió los ojos.

—No, aún vivo —dijo muy despacio—, pero puedo asegurarte que un gran favor me haría la muerte, pues me evitaría tanto sufrimiento.

—¡No diga eso, por favor! —exclamó Francisquita—. Esas heridas se las curaremos nosotras. En unos días ni se acordará de ellas.

El desconocido apreció ternura en las palabras de la anciana y el sentimiento lo hizo llorar sin consuelo. Wendy, incapaz de soportar tanto dolor, también lloró

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 22 31/10/2018 16:13:06

como nunca antes. Francisquita no supo qué hacer. Se limitó a acariciarlo y colmarlo de palabras dulces y agradables. Ese comportamiento, más que mitigar el llanto, parecía avivarlo como la leña en el fuego.

Durante varios minutos solo se escuchaban sollozos. Luego, aquel se fue recuperando. Cuando lo logró, comenzó a contar su historia. La anciana le dejó hablar sin interrumpirle ni una sola vez.

—He sufrido demasiado, señora. ¡Durante muchos años trato de esquivar una venganza! He recibido abusos atroces de un cruel impostor que… ¡Oh, no se imagina el bien que me hacen sus palabras y las de su linda nietecita! ¡Hacía mucho tiempo que no escuchaba bellas frases dirigidas a mí!

—Nosotras somos gente buena, señor —le aseguró entre sollozos Wendy.

—No lo dudo, hermosa niña. Muestran tanta bondad que, a pesar de mi estado, me siento regocijado. Deben ser muy felices.

—En efecto, así es —precisó la anciana y su rostro mostraba una sonrisa—, aunque vivimos solas, rodeadas de espesos bosques, no podemos quejarnos de todo lo que nos da la vida. Ya verá que muy pronto estará recuperado y se sumará a nuestra felicidad.

—No, buena señora, la felicidad desde hace mucho tiempo me fue robada por la maldad. No hay fuerza humana en el mundo que me pueda devolver la dicha que disfrutaba en compañía de mis seres queridos.

Wendy y la abuela quedaron profundamente impresionadas con aquellas palabras. Sí, era evidente que había sufrido mucho. Más que el malestar causado por las heridas, estaba dominado por un dolor espiritual, más grande y tormentoso.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 23 31/10/2018 16:13:06

—Abrigo mucha gratitud hacia ustedes. Ser atendido con amor y desinterés me llena de inmensa satisfacción.

Francisquita le escuchaba sin dejar de revisar las heridas. De pronto interrumpió:

—Señor, es tiempo de llevarlo a casa para curarlo. Conozco plantas muy buenas que ayudarán a sanar. ¡En pocos días se sentirá como si nada hubiese sucedido!

Al oír esas palabras el moribundo reaccionó con violencia. Su rostro se descompuso, mostró una mueca de terror. Hizo todo lo posible por incorporarse, pero no lo logró. Francisquita, sorprendida, le preguntó:

—¿Qué sucede, señor? Solo queremos socorrerle.

Como respuesta él movió la cabeza en señal de negación. Se veía agitado, con la respiración entrecortada, signos que evidenciaban rechazo a la ayuda ofrecida. Cuando se calmó, con voz temblorosa, suplicó:

—Señora, por favor, si aprecia su felicidad y la de su nieta, no se atreva hacer nada por mí. ¡No quiera que el sufrimiento y la desesperación que han arruinado mi vida, acaben con las de ustedes! ¡No añada más agonía a mi existencia, por Dios!

Wendy y Francisquita no daban crédito a lo escuchado. ¿Cómo era posible que rechazara el apoyo de ellas? No podían abandonarlo a su suerte, moriría desangrado, en medio de la más terrible tristeza. Era imprescindible conducirlo hasta la choza para curarlo y atenderlo. La anciana insistió:

—Por favor, señor, si se queda en este lugar se desangrará inevitablemente. Nuestra conciencia no nos permite dejarlo en esas condiciones.

El herido quedó otra vez abatido por el llanto. Entre suspiros dijo:

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 24 31/10/2018 16:13:06

—Señora, le suplico, olvídese de mí. Prometo que cuando recupere mis fuerzas me iré bien lejos.

—¡Usted está muy enfermo! Si no lo atendemos de inmediato puede morir —dijo ella escandalizada—. Acepte sin más reparo nuestros cuidados. Nada pedimos a cambio.

Aquel hombre solo sacudió la cabeza, no cedía en su intransigencia. Tampoco ellas desistían. Se produjo un breve silencio. Entonces fue Wendy quien trató de convencerle:

—Le ruego, señor, hágale caso a mi abuelita.

—¡No insistan! No estoy demente, sé que renunciar a su generosidad me puede conducir a la muerte. Valoro mi vida, pero no tengo derecho de arruinar la felicidad de ustedes. Miren..., soy perseguido por implacables asesinos pagados por un verdugo, y no dudarían en matarlas si descubren que me ayudaron. ¡Tanta gente buena ha perecido en su intento de socorrerme! Moriría de pena si algo desagradable les ocurre por mi causa. Una vez más les pido que entiendan. Con lo hecho hasta ahora es suficiente.

—Nadie tiene que enterarse —aseguró la anciana.

—Es cierto, señor —la apoyó Wendy—, vivimos muy solas, pocas personas se atreven a venir hasta aquí. Jamás se sabrá que estuvo en este lugar.

No hubo respuesta, las fuerzas le fallaban. Durante buen rato ninguno habló. El hombre tuvo tiempo para analizar mejor su situación. Si aceptaba la propuesta de la buena anciana y daban con él, cosa muy posible, se ensañarían en ellas. Si no consentía, estaba convencido de que moriría, pues a juzgar por el malestar, su estado era grave. Con la muerte desaparecería para siempre la decisión de vengarse de la miserable que tanto lo hacía penar.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 25 31/10/2018 16:13:06

La anciana, preocupada por el tiempo transcurrido sin atenderse debidamente las heridas del pobre hombre, interrumpió la pausa con una explicación coherente:

—Señor puedo asegurarle que en toda esta región no hay más casa que la nuestra. Pasamos años sin ver a una persona, y cuando alguien se aventura, todo se limita a un simple intercambio de saludos. No podrán encontrarlo aquí. Quédese unos días con nosotras para que recupere las fuerzas y pueda continuar su camino. No se arrepentirá.

—Es cierto, señor, obedezca a mi abuelita, ella es muy buena y sabia. Si algo malo le sucede, seremos nosotras quienes moriremos de tristeza. Por favor…

El hombre sintió vergüenza. Se estaba haciendo de rogar, cuando era él quien necesitaba de ellas. Titubeó, al fin dijo:

—Aceptaré, pero con la condición de partir tan pronto recupere las fuerzas.

—¡No se arrepentirá! —dijo Wendy llena de júbilo—. ¡Será uno más de la familia y mis amiguitos lo querrán igual que a mí!

Francisquita, sonriente, la observó complacida. La reacción de la niña provocó satisfacción en el moribundo, quien hizo un esfuerzo por sonreír.

Sin perder más tiempo lo condujeron con mucho cuidado, cada una lo sujetó por un brazo. Estaba tan débil que prácticamente lo levantaron en peso. Con prontitud la anciana recogió hojas y raíces medicinales, lavó las heridas y las aplicó, a la vez que le advertía:

—Esto va a doler un poquito, pero se restablecerá en dos o tres días.

—Gracias, buena anciana, es imposible sentir más dolor del que ya he padecido.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 26 31/10/2018 16:13:06

La curación duró varios minutos. La niña, con la misma ternura de la abuela, ayudó en todo momento. La emoción experimentada por el hombre al sentirse cuidado por esas buenas personas fue tan fuerte, que mitigó el dolor. No emitió quejido alguno. Entonces cerró los ojos y por sus mejillas corrieron lágrimas. Todo le parecía mentira. ¡Tanto le habían maltratado! Cuando la cura terminó, aliviado, dijo:

—Muchas gracias, señora.

Francisquita, satisfecha por el acto de humanidad del que su nieta también fue partícipe, solo sacudió la cabeza en señal de no merecerlas, y sus labios mostraban una dulce sonrisa. Wendy también sonreía. Durante minutos ninguno habló, fue la anciana quien rompió el silencio:

—Ahora le prepararé un rico sopón. Debe de estar hambriento.

—Es cierto, estoy hambriento.

Con el plato con sopa en las manos, ella le sugirió:

—Después de alimentarse debe descansar, duerma cuanto pueda.

—Lo haré, seguramente me sentiré mejor, entonces les contaré mi triste historia.

Durmió todo ese día y la noche. Wendy y la abuelita se alternaban para vigilarle el sueño, y sintieron placer al ver cómo se le dibujaba en el rostro una sonrisa. La niña, que apreciaba tanto el calor familiar, comentó:

—Es probable que esté soñando con sus seres queridos.

La anciana asintió con la cabeza y añadió:

—Se aprecia que tiene un serio problema. Es evidente que sufre, ya conoceremos el porqué. Estoy convencida de que es una buena persona.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 27 31/10/2018 16:13:06

Al siguiente día Wendy se levantó más temprano que de costumbre. Su abuela le advirtió:

—Ve a ordeñar la vaca, pero no te demores, deja el juego con los amigos para después. El señor está a punto de despertar y hay que darle su desayuno.

—No demoraré —y salió a paso rápido.

En la misma entrada de la choza fue asediada por sus dos amigos. Ellos estaban preocupados dados los últimos acontecimientos. De un salto la liebre cayó en los brazos de la niña al tiempo que el gorrión, con su escándalo habitual, se le posó en el hombro derecho para picotear con dulzura sus rollizas mejillas. Sin detener la marcha ella les acarició con ternura y les dijo:

—Hoy no podemos jugar porque tengo que atender al señor que apareció en nuestro huerto. Abuelita lo curó y hay que cuidarlo para que recupere sus fuerzas. Cuando esté bien, reiniciaré mis acostumbradas obligaciones y podremos divertirnos como siempre. Ahora voy a ordeñar la vaca para el desayuno.

Ellos la acompañaron hasta que, con el cubo con leche en las manos, regresó a la casa no sin antes colmarlos de caricias. Ya cerca de esta sus oídos captaron un murmullo. Apuró el paso.

Wendy saludó y quedó asombrada de lo cambiado que estaba el enfermo. Mostraba mejor semblante, incluso, estaba sentado en la cama. Este respondió con una franca sonrisa. La recién llegada se incorporó a la conversación. La anciana lo hacía desde el fogón donde preparaba un suculento desayuno.

—Cumpliré mi promesa sin demora alguna —dijo con firmeza el hombre cuando hubo terminado de ingerir el alimento—. Me es en extremo doloroso, pero creo que deben conocer los motivos que me trajeron hasta aquí.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 30 31/10/2018 16:13:07

—Por favor, señor —interrumpió la anciana—, aunque estamos interesadas en conocer su vida, con gusto renunciamos si el contarla aumenta su angustia. Nos conformamos con saber que es un hombre bueno, incapaz de hacernos daño.

Con un ademán de cabeza, aquel quiso demostrar que no era suficiente.

—Insisto en darles todos los detalles, buena señora. Ustedes me han brindado tantas atenciones que estoy obligado, por mucho dolor que esto me ocasione.

Wendy y Francisquita, impacientes, se prepararon para escuchar un relato terrible. El herido se acomodó en la cama lo mejor que pudo y comenzó. Se apreciaba su esfuerzo para evitar que la tristeza le invadiera e impidiera su cometido.

—Me llamo Alberto, pertenezco a la más alta nobleza. Durante diez años reiné en este bello territorio.

Hizo una pausa para apreciar la reacción ante sus palabras. Wendy y la abuela se miraron, sin entender en lo más mínimo la importancia de la confesión. No conocían al rey Alberto ni a ningún otro. ¡Vivían tan apartadas del mundo civilizado!

—No esperaba que me conocieran. Éramos dos hermanos, yo siempre ayudé a mi buen padre en los menesteres del reino. Todos me querían y me respetaban por el buen trabajo que realizaba. Cuando este murió, ambos descendientes quedamos como únicos herederos de la corona. Entonces, por mutuo acuerdo y sin oposición alguna, asumí como nuevo rey. Mi hermano era mi mayor apoyo. ¡Parecíamos una sola persona! ¡Era increíble lo bien que nos llevábamos! Aún pienso en aquellos días y un sentimiento agradable me embarga.

Se detuvo unos segundos a causa de la emoción, pero se recuperó enseguida.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 31 31/10/2018 16:13:07

—Fueron días grandiosos. El país prosperó. Nunca fue mi pueblo tan rico y libre como en aquellos diez años. Me sentía, con razón, el hombre más dichoso del mundo. Mi hermano cooperaba en todo. Compartíamos las decisiones importantes. Ante tanta prosperidad, vislumbraba un largo período de triunfos y logros económicos.

"No existía, aparentemente, fuerza capaz de crear una división política que condujera al caos. ¡Parecía imposible que esa estabilidad, basada en la comprensión y el amor, se desmoronara! Mas sucedió, y de forma brutal.

"Todo comenzó cuando una dama muy distinguida apareció en el reino. No sabíamos de dónde procedía. Mi hermano se enamoró. Fue tal su interés por ella que se opuso a los sabios de la Corte, quienes la identificaron como una bruja poderosa con propósitos infames. También yo desestimé ese criterio. Aquella mujer actuaba con tanta astucia que nos engañamos.

"Me interesaba la felicidad de mi hermano. Estimulé esa relación, porque él sufría ante la idea de que me opusiera a su amor. Además, no consideré problema alguno, la mujer se mostraba sincera, enamorada. ¡Qué error! Era imprescindible conocer el origen de aquella.

"En mi ingenuidad propuse que se casaran. Mi hermano, con alegría, me dio un cálido abrazo y juró que en compañía de su futura esposa me podría ayudar más. ¡El pobre, estaba perdidamente enamorado de la maléfica aparición! Ese mismo día decidieron la fecha de la boda y al mes ya estaban desposados".

Alberto hizo una pausa, y con una recriminación continuó:

—¡Qué tonto fui! Hasta el último instante mis consejeros trataron de convencerme del error. Me mostraron

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 32 31/10/2018 16:13:07

pruebas irrefutables de la relación directa de esa mujer con la hechicería. No los quise escuchar. Uno de mis fieles sabios me aseguró que si se casaban yo perdería el poder y lo peor, mi familia. Lo castigué por difamar de la hermosa y noble novia de mi hermano.

"Cuando comprendí mi error traté por todos los medios de repararlo, pero ya era muy tarde. El enamorado, víctima de un encantamiento, fue cambiando hasta llegar a ser mi más terrible enemigo. ¡La bruja lo convirtió en taimado, ambicioso y cruel!

"Este no demoró en reclamar el trono. Traté de hacerle comprender que su conducta estaba guiada por el hechizo de esa mujer. Se insultó con mis palabras, las consideró injuriosas e injustas. ¡Por supuesto que no le entregué el mando del reino! En otro momento, bajo circunstancias favorables, hubiera accedido a compartir el poder con él, sin reparar en nada, pero bajo el embrujo de una malvada... ¡nunca! ¡Jamás entregaría la dirección de mi amado pueblo a manos indignas! Hice lo imposible para evitar la derrota. No lo logré. Todos los esfuerzos resultaron inútiles".

El hombre interrumpió el relato, el recuerdo le laceraba demasiado. Las interlocutoras no se animaron a hablar. Al fin continuó:

—Un horrible día amanecí encerrado en un frío calabozo. Fue orden del hechizado. ¡Se me acusaba de traición! ¿Contra quién? ¡Yo era el rey! ¿Cómo iba a cometer traición contra mí mismo? ¡Era absurdo! Mis más fieles seguidores protestaron con energía. Entonces mi cuñada, con sus mañas, los alejó a todos.

"Fue una lección ejemplarizante. Nadie más se atrevió a retar el poder de mi hermano y la hechicera, por temor a perder la vida. Mi reino, poderoso y feliz hasta ese momento, se transformó completamente en un

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 33 31/10/2018 16:13:07

lugar donde imperaban el miedo y la pobreza. Aún hoy, después de doce años, vive bajo esas tristes condiciones.

"Esto sucedió durante el período más feliz de mi vida, pues hacía poco más de tres años me había enamorado de una bella dama con la que me uní en matrimonio. ¡Qué mujer más buena! ¡Todos la adoraban por su comportamiento amable! Parecía una santa, brindaba amor sin distinguir rango social. Era, en efecto, una santa. Me sentí el hombre más dichoso de la tierra, por eso...".

Alberto no pudo continuar. Lágrimas corrían por sus mejillas. Wendy, que lloraba desde el mismo comienzo de la narración, estaba impresionada con la desdicha de este. Francisquita no encontraba palabras para consolar a su protegido.

Recuperado, él prosiguió el relato:

—De ese amor nació una hija. ¡Oh, por Dios, qué linda! De cabellos dorados, sus ojos grandes y expresivos eran azules como el cielo claro y sereno. A los dos añitos la melena adornaba su espalda hasta la cintura. Su cuerpecito parecía estar poseído por la gracia de las musas.

"Todo en ella encantaba, pero lo que más atraía era su dulce y espontánea sonrisa inocente. Quienes la rodeaban la querían y cuidaban, velaban para que nada malo le ocurriera, y se rendían ante sus pedidos. Yo disfrutaba con sus juegos. Sus besos y abrazos me llenaban de gozo".

De repente Alberto miró fijamente a Wendy y enmudeció. Una expresión de ternura se dibujó en su rostro. Sus ojos buscaron los de Francisquita.

—¿Sabe una cosa, señora? La sonrisa de su linda nietecita me provoca el recuerdo de mi hija. No lo puedo evitar. Hasta le encuentro parecido físico.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 34 31/10/2018 16:13:07

Wendy se sintió halagada. Entonces, emocionada, le dijo:

—Gracias, señor, yo trataré de quererlo tanto como su niña.

La anciana con pena por el sufrimiento de aquel hombre, consideró prudente interrumpir la conversación. Pero él estaba decidido a terminar, y continuó:

—Podrán imaginarse lo mucho que padecí en mi encierro. No dejaba de llorar, pensaba en la suerte de mi familia. No dudaba de las malas intenciones de la bruja. Un día, sin consideración alguna, se me comunicó que mi noble esposa, acusada igualmente de traición, había sido ajusticiada. Mi hija, víctima también de la malvada mujer, no pudo escapar de sus garras. Me negué a creerlo. El desespero se apoderó de mí. ¿Cómo era posible en menos de una semana perderlo todo, hija, esposa y reino?

"En medio de aquella agonía, me fugué de la prisión con la ayuda de los incondicionales amigos, que no eran pocos, los cuales habían logrado evadir el aislamiento a que los sometió la bruja. Desorientado vagué, solo pensaba en mi querida familia. Durante meses lloré sin consuelo. Las imagenes de la adorada niña sonriente y su madre, amante y cariñosa, me acompañaban siempre. La vida no tenía sentido para mí. ¡Deseé la muerte! Un día..., sí, un día juré acabar con la maldad y vengar la muerte de mis amadas.

"Desde entonces no he hecho otra cosa que luchar sin cesar contra la encarnizada bruja. En mi último intento para llegar hasta ella, con trucos y magias, esta destruyó mi ejército. Logré sobrevivir gracias al río, cuyas aguas me arrastraron durante varias jornadas hacia las cercanías de ese huerto. Sin fuerzas me arrastré hasta donde la niña me encontró. Me apena el miedo que

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 35 31/10/2018 16:13:07

le provoqué. Ahora pueden juzgar mi negativa a que se vincularan conmigo".

Wendy y Francisquita no se atemorizaron con la revelación. Alberto estaba débil y enfermo, tenían el deber humano de socorrerle.

Toda una semana el hombre permaneció en cama. De buena gana hubiera abandonado el lecho desde antes, pero sus cuidadoras se negaron rotundamente. Entre las dos se turnaban para atenderle. Lo hicieron tan bien que, pronto pudo caminar.

El invierno se avecinaba. Wendy tuvo que redoblar su esfuerzo en el huerto para lograr una buena cosecha, muy necesaria, pues tenían que alimentar a otra persona. Trabajaba más horas de las acostumbradas y sus inseparables amiguitos la acompañaban.

Durante su recuperación, Alberto asistía al sembradío y ayudaba en lo posible a la laboriosa niña. Al principio ella le asignó tareas de poco esfuerzo, luego, según mejoraba se incrementaba la labor. Cuando recuperó sus fuerzas y energías habituales, se volcó por completo al trabajo agrícola.

La armonía reinaba entre ellos, el esfuerzo común les hacía bien, estaban muy animados. La felicidad y el placer los regocijaban, en especial a Alberto, quien se negaba a creer en esa dicha después de tanto infortunio.

Cada día, de regreso de la parcela, recorrían el bosque para recolectar frutas y raíces, sin olvidar las útiles hierbas medicinales con las cuales la anciana curaba cuanto malestar aparecía en ellos.

El resultado del trabajo enseguida pudo apreciarse, pues la cosecha fue tan grande que, Francisquita, asombrada, exclamó:

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 36 31/10/2018 16:13:08

—Nunca hemos tenido esa cantidad de comida para el invierno. ¡Podremos alimentar a diez personas!

Alberto consideró que debía continuar su camino. Pensaba que era el momento, dejaba en buenas condiciones a la anciana y su nieta, tenían avituallamiento suficiente. Además, aún los caminos estaban transitables, pronto se harían más difíciles. Le era imprescindible encontrar un refugio, porque carecía de condiciones para permanecer a la intemperie, el frío por aquellos parajes era muy fuerte.

La oposición de sus protectoras fue tal que no pudo negarse. Se comprometió a esperar el paso de la temporada invernal. Con el primer cambio de estación partiría sin dilación.

Nunca la felicidad es completa. Los amiguitos de Wendy no aprobaron la incorporación de Alberto a la familia. ¡En definitiva era un desconocido! Desde que lo encontraron cerca de allí, desconfiaron. Cada día, muy temprano, esperaban a la salida de la casa la aparición de la niña.

Ansiosos y desesperados, solo se tranquilizaban un poco cuando comprobaban que nada malo le había sucedido a su amiga. Ella les explicaba la obligación moral de retenerlo en la casa para curarlo, pero no estaban de acuerdo. Presentían peligro.

Cuando Alberto comenzó a frecuentar el huerto los dos animalitos se mantenían distantes. Los ruegos de la niña no lograron incorporarlos al grupo. Huraños y escandalosos pasaban las horas dando vueltas alrededor del área sembrada. Solo el trato cariñoso del hombre los fue calmando. En poco tiempo le aceptaron y hasta se hicieron buenos amigos.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 37 31/10/2018 16:13:08

Francisquita no perdía tiempo en las labores hogareñas. Debía hacerle un abrigo a su protegido, de lo contrario este no aguantaría los rigores del crudo invierno. En breve comenzarían las primeras brisas. Tenía que apurarse. Por eso, mientras Wendy y Alberto cumplían sus faenas, ella estaba detrás de la rueca haciendo el hilo para tejer. Se esforzó tanto que muy pronto la prenda estuvo lista.

El invierno no se hizo esperar. La niña y el forastero retaron las primeras temperaturas con agradables paseos por el bosque, siempre en compañía de la liebre y el gorrión, los cuales no se separaban en ningún momento de ellos. Cuando llegó la nieve cesaron las caminatas de placer.

Obligados a permanecer en la casita, realizaban largas tertulias sentados cerca de la chimenea para calentarse, las que amenizaban con cuentos, juegos y travesuras de los fieles animalitos. La felicidad los envolvía. Nada les faltaba.

Una mañana aquella costumbre se interrumpió. Desayunaban plácidamente cuando sintieron golpes en la puerta. ¡Insólito! Eran tan infrecuentes las incursiones por allí, que la anciana no recordaba la última vez que alguien llegó hasta la choza. Además, en medio de una terrible tormenta de nieve como la que acontecía, ¿quién se atrevía a visitar paraje tan apartado? El menos conocedor del clima, sabía que era muy peligroso aventurarse en esas condiciones.

Se miraron entre sí. La anciana pensó: "Motivos muy grandes debe mover a una persona para enfrentar semejante riesgo".

Los toques eran persistentes. Wendy sintió miedo.

—¿Qué hacemos, abuelita?

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 38 31/10/2018 16:13:08

—Lo mismo de siempre cuando alguien visita nuestra casa.

—Quien sea, con este tiempo es más que suficiente para pedir ayuda —agregó Alberto y asumió la responsabilidad—. Abriré.

Todos le siguieron. Corrió el cerrojo y la puerta quedó de par en par. Una exclamación de horror estremeció la choza, hasta los animalitos mostraron su congoja: con fuerzas apenas para mantenerse en pie un anciano, maltrecho y cubierto de nieve, les pedía ayuda con la vista. ¡Ni hablar podía!

Wendy y Alberto se lanzaron rápidamente sobre él para evitar que cayera al piso, pues se desmayó. Dentro de la casa lo acomodaron en una cama y Wendy lo cubrió con mantas. Francisquita, sin perder tiempo, le preparó un caldo caliente. Todo fue tan rápido que en pocos minutos el desfallecido se recuperó del todo. Era evidente que su malestar fue provocado por el frío y el hambre. Por suerte en la casa había suficientes recursos.

—Lamento mucho molestarlos —dijo—. ¡Creí que me congelaba allá afuera! ¡Gracias a su generosidad ya me siento bien! ¡Muchas gracias! Tal vez un día pueda pagar sus servicios.

Francisquita le interrumpió:

—Es una obligación, señor, pero dígame, ¿qué hace por estos rincones en pleno invierno? Motivos muy grandes deben guiar sus pasos.

El anciano asintió con la cabeza, al tiempo que explicaba:

—Tiene razón, buena señora, busco a un hombre bueno y digno que sufre como consecuencia de la maldad. Llevo muchísimo tiempo detrás de él y ruego a Dios que la muerte no me sorprenda antes de encontrarlo.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 39 31/10/2018 16:13:08

Alberto le miraba con atención, como si tratara de reconocer a otra persona detrás de las arrugas y el cansancio que cubrían aquel rostro. De pronto se le iluminó la mente, entonces, su voz sonó agitada:

—¿Usted se nombra Jaime?

Los presentes estaban expectantes.

—Sí, señor, me llamo Jaime. ¿Cómo lo sabe usted?

—¿Y es sabio?

El anciano admirado, balbuceó:

—Es cierto, yo...

—¡Por Dios, es Jaime, mi fiel sabio!

El mencionado quedó atónito. Casi no hilvanaba las palabras.

—No puede ser… usted... Sí, su majestad, soy... ¡Oh, Dios mío... al fin le encontré!

Se fundieron en un abrazo. Las lágrimas bañaban las mejillas de ambos. Wendy y Francisquita no entendían nada, pero la escena las conmovió. Apreciaron que a los dos hombres les unían lazos muy fuertes.

—¡Estaba seguro de que aún vivía! —exclamó Jaime—. ¡Pero… qué cambiado! ¡No lo reconocí!

—Sí, mi buen amigo —aseguró Alberto—, aunque en más de una ocasión la bruja estuvo a punto de matarme. Dígame, ¿es cierto que me anda buscando? Pensé que solo la maldad se ocupaba de perseguirme.

—Sí, majestad. Cuando usted escapó con nuestra ayuda, me dediqué a espiar a su hermano y esposa. Tres años fui aliado de ese par de sanguinarios. Pensaron que estaba del lado de ellos, lo cual me facilitó el trabajo. Buscaba datos que pudieran ayudarlo a recuperar el trono. Usé los conocimientos y trucos en bien de mi objetivo.

"Cuando reuní los elementos necesarios partí en su búsqueda. Hace siete años que ando por caminos,

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 42 31/10/2018 16:13:08

montañas, ríos... Majestad, en el reino le esperan. Es hora de que regrese para dirigir el pueblo que le quiere. La vida de la malvada bruja puede acabar muy rápido. De usted depende".

Alberto lo escuchó con atención. No salía del asombro al tener frente a él a su querido amigo, uno de sus bravos seguidores que arriesgaron su vida por ayudarle. Pero las últimas palabras de este le provocaron tristeza.

—Mi buen amigo, si la destrucción de la hechicera dependiera de mí, hace mucho que no existiera. Desde que escapé de sus maldades no he hecho otra cosa que luchar sin cesar. No, querido Jaime, no es tan fácil como usted dice. El poder de esa diabólica mujer es muy grande y por mucho que me esfuerce, jamás lograré vencerla.

"¿Se imagina cuántos ejércitos me ha destruido? Hace poco liquidó con extrema facilidad el último que logré armar. Puedo asegurarle que no hay fuerzas capaces de derrotarla".

—Conozco de sus intentos con los ejércitos. Sería en vano estos años de peregrinar si le aconsejo esa vía. Le repito, durante tres años estudié cuanto hacía la maldita, conozco sus secretos, y le aseguro que todo poder oculto tiene, al menos, una forma para ser destruido. Majestad, mi sabiduría se enriqueció y la pongo a su disposición. Esté convencido de que a la maldad se le destruye con inteligencia y...

—No entiendo, Jaime —interrumpió Alberto intrigado—. ¿Quiere decir que existe una forma de enfrentar los poderes de esa infame?

—Existe, majestad, eso fue lo que descubrí durante esos años que trabajé para ella. A pesar de tener hechizado a su hermano y disfrutar de poderes incalculables, vive con la enorme preocupación de perderlo todo en cualquier momento. Eso la hace más cruel todavía.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 43 31/10/2018 16:13:08

—Aún no comprendo.

El sabio anciano sonrió.

—Es lógico, y más le costará asimilar lo que descubrí.

—Hable, por favor.

—La bruja tiene una enemiga muy poderosa. Un día escuché una conversación de ella con su esposo, en esa ocasión me enteré de que la rival es dueña de la clave que puede romper el encantamiento. ¡Por supuesto, planificaban destruirla! Abandoné apresurado el palacio y fui al encuentro de quien podía ser la salvadora del reino.

—¿Quién era?

—Una anciana buena y sabia.

—¿Qué le dijo?

—Cuando llegué a la casa de esta me la encontré moribunda, víctima de un maleficio de la bruja, aunque con fuerzas suficientes para darme la información anhelada: "Busca a Alberto y dile que el camino está abierto para el triunfo. Pídele que venga a recuperar su mando robado. Para lograrlo debe ir acompañado de sus seres queridos, de lo contrario será derrotado". Luego añadió algo más que no me atrevo a repetir.

Alberto, nervioso, escuchaba incrédulo.

—¿Cómo voy a recuperar el trono si no tengo quien me quiera? ¡Todos mis seres queridos han muerto! ¡Estoy solo en el mundo! ¡Mi esposa murió! ¡Mi hija murió!

La voz de Jaime se escuchó más firme que de costumbre:

—¡La hija que da por muerta regresará a usted sana y salva!

Alberto se estremeció. Dio un salto tan grande que Jaime se asustó. Fuera de sí, gritó:

—¿Qué me dices? ¡Mi hija murió! ¡Mis amigos me lo juraron, tú entre ellos!

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 44 31/10/2018 16:13:08

—Por los pasillos del castillo se rumoreaba que la perversa mujer ordenó las muertes de la niña y su mamá. Todos nos convencimos de esa crueldad. Ahora bien, la sabia anciana me aseguró que la pequeña vive. Y reveló el secreto: el hechizo sobre la bruja desaparecerá, y esta morirá al simple contacto físico con la hija de usted. ¡Es la única forma de destruir los poderes de quien solo ha causado daño y sufrimiento!

Alberto se negó a creerle. Era imposible revivir a su hija. Se resistía considerar esas ideas, era muy alocado todo aquello. Además, ¿qué quería decir esa mujer al pedirle que marchara hacia su mando robado en compañía de sus seres queridos? ¿Dónde estaban sus seres queridos? ¡Todos muertos!

Esta última afirmación causó mucho dolor en Wendy. Casi ahogada por el llanto le dijo:

—No soy su hija, señor, pero a pesar de eso lo quiero mucho…, mi abuelita también lo quiere.

El rostro de Alberto se enrojeció por la pena. Sus palabras no llevaban esa intención. Había aprendido a quererlas tanto, que sería capaz de dar la vida por ellas. Las consideraba como familia, y así se los hizo saber:

—Ustedes son mis seres queridos, pero no son los que refiere...

El sabio le interrumpió:

—¡Entonces las palabras de la moribunda tienen sentido! Usted mismo acaba de decir que ellas son sus seres queridos.

Discutieron al respecto de esa consideración. Alberto pensó: "El amor de Wendy es genuino y he llegado a quererla como una hija. No lo es de sangre, pero sí de sentimiento. ¡Es mi hija! Y su abuela hizo tanto por mi recuperación que..., ¡también la quiero!" Entonces

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 45 31/10/2018 16:13:08

concluyó que su amigo tenía razón, esas dos personas eran los seres queridos de quienes habló la anciana sabia.

Al final quedó decidido que Alberto saldría en busca del trono usurpado en compañía de sus seres queridos. La comitiva incluía la liebre y el gorrión. Esperarían que terminara el invierno.

Jaime quedaría atrás para cuidar la casa. Francisquita, que no había hecho comentario alguno durante la discusión, fue la primera en aprobar la idea. Aseguró encontrarse en perfecto estado de salud. A partir de ese momento no hubo reposo en la choza hasta el día en que la nieve cedió paso a un bosque verde y fresco.

¡Había llegado la hora de la partida! Una bella mañana se lanzaron a la aventura, la alegría era desbordante. Iban seguros de la victoria. Alberto marchaba decidido al frente del grupo para indicar el camino, seguido por la niña y la anciana. La liebre y el gorrión hacían de las suyas, cuando se cansaban la liebre saltaba a los brazos de su amiguita mientras el gorrión se posaba en uno de los hombros de esta.

Durante el avance narraban cuentos y entonaban cantos alegres, lo cual hacía menos monótona la caminata y atenuaba la fatiga provocada por el esfuerzo físico. El itinerario los obligaba a cruzar inmensos bosques, verdes llanos, altas montañas... Los descansos eran breves, pretendían hacer el recorrido en el menor tiempo posible.

Una mañana la liebre y el gorrión se negaron a continuar. Wendy, quien estaba identificada con los animalitos, interpretó ese comportamiento:

—Mis amiguitos nos alertan de algún peligro.

—Es lógico —aseguró Alberto—, hemos entrado en los dominios del cruel gigante Patife. No podemos

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 46 31/10/2018 16:13:09

detenernos, de lo contrario nunca lograremos nuestro objetivo.

Avanzaron con cautela. Alberto, consciente de la ferocidad del gigante, sabía que era muy peligroso caer en sus manos. Nadie había logrado escapar de la crueldad de este. Temía que alguno de ellos tropezara con una de las trampas que el grandulón tendía a quienes se aventuraban a entrar en aquellos predios. Por eso tuvo mucho cuidado al indicar los pasos a sus acompañantes.

Los amiguitos de Wendy, desesperados, hacían lo indecible por detener la marcha. La niña trataba de infundirles confianza, pero ellos no cesaban de chillar y brincar delante del grupo para bloquear el avance de este. Ninguno se detuvo. Guiados por la seguridad del triunfo, continuaron con pasos firmes y la certeza de que la verdad los haría esquivar cualquier encuentro con el gigante. ¡Tamaña equivocación!

Solo habían caminado unos minutos cuando cayeron en un hueco oscuro y profundo, oculto entre la hierba. Todos estaban sanos y sin rasguños, aunque el susto fue muy grande.

—Estamos perdidos, señor —dijo Wendy, con lágrimas en sus ojos.

—Hemos caído en una trampa del gigante —se limitó a decir Alberto.

Francisquita, firme, infundió ánimo a los demás:

—Saldremos de aquí con nuestra verdad y el deseo de triunfar. Lograremos burlar a ese gigantón.

—Cierto, nada detendrá nuestro camino —agregó Alberto, con firmeza para infundir ánimo, pero convencido de que tenían muy pocas posibilidades de éxito.

No se atrevió a comentar su pesimismo por pena con la cándida niña y la optimista abuela, quien no de-

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 48 31/10/2018 16:13:09

¡aba de asegurar que saldrían sin demora del agujero. Por experiencia sabía que de Patife nadie escapaba.

—Mis amiguitos nos abandonaron —se quejó Wendy al notar la ausencia de estos.

—Deben estar allá arriba a la espera de que salgamos —dijo la anciana.

Wendy lloró con desconsuelo, y entre sollozos aseguró:

—¡Estamos perdidos!

Esta vez nadie la consoló. Alberto pretendió hacerlo, pero un horrible ruido le hizo callar. El buen hombre se estremeció. "Son los pasos del gigante mientras se acerca a la trampa —pensó—. ¡Estamos perdidos! Esto significa que no podré recuperar el reino, y lo peor, perecerá mi nueva familia. ¡Todo por mi culpa!"

Francisquita, quien lo miraba con atención, leyó sus pensamientos y le alentó:

—No tema, señor, saldremos de esta encrucijada y logrará todo lo ansiado. Confíe en la verdad.

Alberto sintió pena de ella. Estaba a punto de perder la vida por causa de él y, en lugar de censurarlo, le estimulaba con entusiastas palabras. En ese instante el hueco quedó al descubierto y los rayos del sol llegaron hasta ellos.

—¡Eh! ¡Lindo bocado para el desayuno!

Wendy y Francisquita se desmayaron al ver el horrible monstruo. Desesperado, Alberto sacó su espada para hacerle frente. Un solo golpe de Patife lo puso fuera de combate.

Sin oponer resistencia alguna, no quedaba otra opción, fueron atados y conducidos hasta la cueva del enorme personaje. Era un lugar húmedo e inmenso. Patife los colocó encima de una mesa grandísima y se apresuró a encender el fuego para preparar su desayuno. Sus ojos relucían de placer al imaginar el banquete previsto. Todo indicaba que los amigos tendrían un terrible final.

—¡No nos podrás matar, vil monstruo! —gritó Alberto—. Nos guía una misión sagrada que ni tú ni nadie impedirá.

El gigante lo miró sorprendido.

—¿Cómo te atreves a retarme? —rugió con rabia—. ¡Nadie puede enfrentar al gran Patife! ¡Me los comeré ahora mismo!

Los tres amigos, aterrados, vieron cómo se acercaba a la mesa a la vez que afilaba su cuchillo. Alberto trató de soltarse de las amarras en un último intento de salvación. No tuvo éxito.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 50 31/10/2018 16:13:10

—Primero me comeré a la niña que está joven y fresca. El hombre lo dejaré para más tarde y la vieja, que está un poco flaca, la pondré a engordar para engullirla la próxima semana —comentó Patife inclinándose sobre ellos.

Ya se disponía herir a Wendy cuando un extraño ruido en el exterior le llamó la atención. Furioso, cuchillo en mano, amenazadoramente, avanzó en dirección de la puerta gritando con todas sus fuerzas:

—¿Quién se atreve a molestar al gran Patife en su propia casa?

En ese momento irrumpieron en la cueva miles de liebres y una enorme nube de gorriones. ¡Eran los amigos de Wendy, los cuales reunieron esas manadas para salvar a su querida amiga! Las liebres, furiosas e invencibles, cayeron sobre el mastodonte, lo mordieron por todas partes hasta desgarrarle la piel. Luego entraron en combate los valientes gorriones que, enfurecidos, le picotearon toda la cabeza.

Patife, desesperado, trató de defenderse, pero ante tantas liebres y gorriones nada podía hacer. Sin perder tiempo, la amiguita de Wendy saltó sobre la mesa y mordió con premura las cuerdas que ataban a la niña hasta dejarla libre. Esta a su vez desató a los otros dos compañeros y todos juntos corrieron veloces lejos del alcance del feroz gigante.

Continuaron su camino, llenos de optimismo. Ahora sí estaban convencidos de que la victoria les pertenecía. La experiencia acabada de vivir había servido para unirlos e impulsarlos con más fuerzas hacia su objetivo. Nada les podría detener. La alegría les motivaba avanzar, aunque los caminos fueran difíciles.

Wendy, agradecida, no soltaba a sus fieles amiguitos ni un momento y los colmaba de caricias y besos. Alberto, no obstante, guardaba cierta precaución. Sabía que se encontraban relativamente cerca del castillo y que la bruja los podía detectar en cualquier momento. Debían tener cuidado con los trucos y encantamientos de esta si querían llegar con vida.

Llevaban mucho tiempo de camino sin descansar apenas, y las reservas de agua y comida se habían agotado. La pobre anciana se sentía muy extenuada. Una tarde Alberto propuso:

—Haremos un alto, iré en busca de provisiones mientras ustedes descansan. Aún me siento fuerte y estaré de vuelta en menos de dos horas.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 52 31/10/2018 16:13:10

Todos estuvieron de acuerdo. De inmediato salió veloz para cumplir la nueva misión. Wendy y Francisquita se sentaron en el suelo, debajo de un frondoso árbol. Los animalitos, que habían alborotado tanto durante la marcha, también estaban agotados y decidieron quedarse con su amiguita.

Consciente del momento que atravesaba y de la importancia de llegar cuanto antes al palacio, Alberto corrió con la rapidez que le permitían sus piernas. Mientras más demorara mayor era la posibilidad de que la bruja detectara su presencia y tratara de detenerlo de alguna manera. La experiencia le decía que no sería nada fácil enfrentarse a los poderes de aquella endemoniada mujer.

No había andado mucho cuando algo insólito hizo que se detuviera: frente a él, en medio del bosque, surgió una casa que parecía creada por la fantasía. No podía creer lo que veía. Amplios y coloridos jardines rodeaban la bella mansión. ¿Quién podía vivir en semejante paraíso?

Una fuerza extraña lo incitaba a entrar. Trató de librarse de la tentación, pero mientras más se resistía mayor era el empuje que lo obligaba aventurarse. En un arrebato de furia dio media vuelta para desviarse del camino de la curiosa aparición. No logró dar ni un paso. Sentía una fuerza oculta que lo arrastraba hasta la edificación.

A medida que avanzaba su mente borraba los recuerdos. Las imágenes de Wendy y Francisquita eran sustituidas por dulces y bellas escenas de amor que colmaban de felicidad su corazón.

Sentada en el umbral de la vivienda una hermosísima dama esperaba por él. Al verla, Alberto experimentó un amor ciego y desesperado. Solo ella le in-

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 54 31/10/2018 16:13:10

teresaba. Embriagado por el encanto avanzó hacia la mujer, quien le recibió con los brazos abiertos, como si hubiera esperado por él toda la vida. Se unieron en un abrazo que llenó de dicha al aventurero, y al instante este olvidó por completo a sus amigos y su misión.

La mujer lo condujo hacia el interior, donde le ofreció exquisitos manjares y excelentes vinos. Extasiado por la dicha que lo dominaba no hacía más que rogarle correspondencia a su amor. Ella, feliz, juraba amarlo por siempre.

Wendy estaba impaciente. Alberto ya debía estar de regreso. Había transcurrido suficiente tiempo. La abuelita, aunque también le preocupaba la demora, trataba de calmarla, ponía argumentos que ni a ella convencían. Y decidió esperar un lapso prudencial, si no aparecía saldrían en su búsqueda.

A la aflicción de la niña se unía el comportamiento de sus amiguitos los que, despreocupados, aún dormían. Y eso le dolía porque no se mostraban dispuestos a ayudarla. Entonces, molesta, sacudió a la liebre hasta que despertó. Después hizo lo mismo con el perezoso gorrión. Les recriminó por la apatía, les trasmitió el motivo de su angustia y les pidió:

—Averigüen qué le pasó a Alberto. Algo malo pudo haberle sucedido.

La liebre se lanzó rauda hacia la dirección que había tomado Alberto. El gorrión la siguió. Al poco rato regresaron en medio de un aparatoso escándalo. La liebre saltaba sin cesar delante de la niña. Otro tanto hacía el gorrión.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 55 31/10/2018 16:13:11

—Algo le ocurre a nuestro amigo, abuelita —dijo muy alterada Wendy.

—Sigamos a la liebre —propuso la anciana—, ella nos llevará hasta él.

Así lo hicieron. El animalito las guio. Frente a la casa se detuvieron horrorizadas al ver a su querido Alberto en los brazos de una desconocida. Sentados en un banco en el jardín los dos enamorados se arrullaban con besos y promesas de eterno amor.

La presencia de Wendy y Francisquita molestó a la mujer, quien reaccionó con violencia. Enfurecida les gritó:

—¿Qué hacen en mi casa? ¡Fuera de aquí!

Las recién llegadas no le hicieron caso, avanzaron hasta detenerse frente a ellos. El precioso rostro de la mujer se transformó en una mueca de rabia. Y volvió a gritar, más fuerte aún:

—¡Fuera de aquí!

El hombre las miraba como si nunca las hubiese visto.

—Alberto, ¿qué hace en compañía de esa dama? —le reprochó la niña—. Es preciso continuar. ¡Tenemos poco tiempo!

Él la miró extrañado de que le hablara de manera tan familiar.

—¿Quién eres, linda niña, que sabes mi nombre?

Wendy, insultada, con voz muy alta, le exigió:

—¿Cómo se atreve a insinuar que no me conoce? Llevamos muchos días juntos en busca de su puesto robado. Deje a esa mujer y salgamos de aquí antes que la hechicera nos descubra.

Alberto reía divertido. A su lado la esbelta dama no dejaba de colmarlo de caricias con el objetivo de atraer su atención.

Francisquita se adelantó y lo enfrentó:

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 56 31/10/2018 16:13:11

—Alberto, ¿renuncia a su hija por el amor de esa desconocida? ¡Marchemos hacia su trono robado! ¡Su hija espera por usted!

Esas últimas palabras le hicieron reaccionar. Con ímpetu apartó de su lado a la enamorada. Ella, al verse perdida, trató de convencerle con lágrimas y ruegos. Él avanzó con pasos resueltos hacia sus amigas. Más sosegado exclamó:

—¡Mi hija! ¿Cómo pude caer en la trampa? ¡Oh, Wendy! ¡Oh, buena señora! Tienen mucha razón. ¡Ahora entiendo todo! ¡Es una hechicera! ¡Rápido, continuemos nuestro camino!

En su apuro por salir de allí empujó hacia un lado a la supuesta amada, quien aún le juraba su amor y le rogaba que se quedara. No habían rebasado el jardín cuando la voz fuerte y cavernosa de la dueña de la morada les hizo detener:

—¡Morirán antes de llegar a su destino!

Los tres amigos no pretendían detenerse, pero lo sucedido casi al unísono de aquellas palabras, los paralizó. Con ojos asombrados fueron testigos de la transformación de la mujer. Al quitarse el vestido apareció ante ellos un gigantesco dragón que, enfurecido, lanzaba fuego de su boca, y de inmediato se arrojó sobre Alberto.

Parecía que todo estaba perdido. El hombre sacó su espada para enfrentarse al monstruo, mientras Wendy y su abuela corrían aterradas. Los animalitos, asustados, nada podían hacer. ¡Todo había sido tan rápido!

El dragón lanzó un feroz ataque contra Alberto quien, fortalecido por su coraje y por la necesidad de salvarle la vida a sus acompañantes, luchó sin descanso, a pesar de la desventaja. Parecía desfallecer, pero no flaqueó. Wendy, la abuela y los animalitos, desde la

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 57 31/10/2018 16:13:11

distancia lloraban. De pronto vieron el salvaje animal dividido en dos, no se dieron cuenta cómo sucedió.

Había sido Alberto, quien en un último esfuerzo, sin saber de dónde le llegó la fuerza necesaria, hizo un movimiento brusco con la espada y le cercenó la cabeza a la fiera. Agotado se tiró al suelo. Observó, atónito, cómo, en segundos desaparecía la hermosa casa y en su lugar quedaba un espeso bosque.

Hasta allí llegaron sus amigos. Le abrazaban y revisaban para comprobar si había sufrido algún daño. Alberto les tranquilizó y les aseguró:

—Sin duda esta fue obra de la bruja, ahora que conoce nuestros planes tenemos que redoblar los cuidados.

Recuperado, incitó a los integrantes de su comitiva para continuar la misión. Ya habían perdido demasiado tiempo y todavía quedaba buena distancia. Cerca de allí encontraron un manantial y una arboleda donde abundaban exquisitos frutos. Demoraron lo justo para saciar la sed y el hambre. Faltaban pocas jornadas para llegar a la meta. El resultado del encuentro que acababan de tener con la mujer-dragón les había fortalecido aún más la seguridad en la victoria.

Dejaron atrás bosques, llanuras, montañas. Continuaban amenizando la caminata con lindas canciones. Estas les infundían mucho ánimo. Marchaban felices sin preocuparse de las adversidades que aún les quedaban por vencer. Solo Alberto estaba consciente del peligro que se les avecinaba, pero decidió no alarmar a la tropa. No existía duda de que la bruja seguía sus pasos y en cualquier momento trataría de detenerlos. No podían descuidarse. Por eso, cuando lo consideró necesario, ordenó hacer un alto para alertar:

—Estamos muy cerca del castillo, apenas unos minutos nos separan de la malvada. De ahora en adelante debemos esperar lo peor.

Acordaron mantenerse unidos y prestar mucha atención a la mínima señal que indicara la presencia de enemigos. Se hallaban en medio de un bosque de frondosos y altos árboles, tan tupido que Alberto tuvo que subirse a uno de ellos para divisar con claridad la fortaleza. Esperaba un ataque en cualquier momento.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 59 31/10/2018 16:13:11

Y tenía razón: la hechicera les seguía los pasos desde hacía días y les dejó llegar hasta allí para asestarles un último golpe.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 60 31/10/2018 16:13:12

Wendy y Francisquita no lograban contener sus nervios, tenían fe en el triunfo del bien sobre el mal, pero no podía descartarse un desenlace fatal. La liebre y el gorrión se marcharon velozmente, lo cual aumentó la ansiedad de la niña, porque no sabía el motivo de ese comportamiento.

La tranquilidad que les rodeaba mantenía inquieto a Alberto, quien otra vez detuvo el avance. Y comentó:

—¿Será posible que la malvada no haya detectado nuestra presencia? Estamos en sus narices y aún no ha reaccionado. Temo lo peor, pero no vamos a esperar.

Con su espada en alto, agregó:

—¡Avancemos hacia el castillo!

Se lanzaron a la carrera. De repente, a sus pies el suelo comenzó a temblar. Parecía un terremoto. Asombrados, vieron cómo los árboles que les rodeaban se transformaban en soldados armados. Muy rápido quedaron envueltos por miles de enemigos. En medio del clamor, se oía la risa desagradable y burlona de la bruja.

Wendy, espantada, abrazó a su temblorosa abuela y esperó la muerte. Alberto, negado a creer lo que sucedía, agitó su espada listo para morir luchando. ¡No quedaba salvación alguna! En el preciso instante que los soldados se lanzaban contra él, la niña percibió un ruido algo familiar que la hizo abrir los ojos y exclamar fuera de sí:

—¡Es mi amigo el gorrión con su pandilla!

En efecto, se acercaba una espesa nube de esos pajaritos con el compañerito de la niña al frente. Cada uno portaba una piedrecita, que al unísono dejaron caer sobre los hombres armados. Eran tantas avecillas que lograron sepultar a todo el ejército, ante los incrédulos ojos de los aventureros. La maléfica risa dejó de escucharse. Una vez más habían triunfado.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 61 31/10/2018 16:13:12

Alberto alzó bien alto la espada en señal de victoria, y sin esperar se lanzó a la carrera en dirección del castillo, seguro de que poco esfuerzo le quedaba por realizar para acabar con la malvada. Wendy y Francisquita le siguieron.

La bruja, enfurecida, aguardaba en un salón rodeado de enormes columnas. Nunca se imaginó que Alberto lograra aniquilar el poderoso ejército. Pero nada temía. Lo dejaría llegar para ella misma propinarle la muerte. Luego reinaría, sin más estorbos en su camino, pues nada podía hacerle daño, excepto..., sí, excepto el contacto físico con la princesa, y eso estaba descartado, porque muchos años atrás se había encargado de que muriera. ¡La niña murió! Sin su hija Alberto no podría derrotarla jamás.

Su enemigo entró al salón, sofocado por el esfuerzo. El rostro de Alberto se le transformó en una mueca de odio al ver a su abominable torturadora. Fuera de sí, gritó:

—¡Llegó la hora de la venganza! ¡Prepárate para morir!

Con la espada empuñada se abalanzó sobre ella, quien parecía una fiera. La malvada reía a carcajadas. Sin esfuerzo hizo un gesto con su mano izquierda y en respuesta una de las columnas se convirtió en un poderoso gigante que en segundos puso fuera de combate al guerrero, lo ató fuertemente y lo pegó a la pared. Otra señal y el monstruo desapareció.

—¡No podrás con mis poderes! —vociferó la maldita—. ¡Soy la persona más poderosa del mundo! ¡Nadie podrá destruirme!

Alberto no se amilanaba, con energía en la voz le ripostó:

—¡Mientes! ¡Mi hija te destruirá!

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 63 31/10/2018 16:13:13

La bruja se le acercó, y muy bajito le dijo:

—Tu hija está muerta.

Alberto comprendió que con aquel tono de voz pretendía enfurecerlo más, entonces habló muy pausado:

—¡Eso crees! ¡Te aseguro que mi hija está viva y te destruirá!

La estratagema de Alberto funcionó. Ella estaba encolerizada, entonces vociferó:

—¡Yo misma la mandé a matar!

—¡Mi hija vive! —insistió en tono suave, Alberto.

La mujer, consumida por la rabia, se dispuso a asestarle un golpe mortal. En ese preciso momento Wendy y Francisquita, quienes no lograron correr a la par del amigo, y aunque solo se demoraron pocos minutos, irrumpieron en el salón, lo cual provocó mayor indignación en la hechicera.

—¿Quiénes son ustedes que osan molestarme? ¡Morirán por el atrevimiento!

Volvió a mover una de sus manos y aparecieron dos gigantes. Sin una orden expresa, llevaron a las recién llegadas hacia el lado de Alberto, las ataron, y luego se esfumaron.

Wendy no dejaba de llorar. Francisquita, callada, asomaba en su rostro una alegría que nada tenía que ver con el momento por el que pasaban. Con dulzura le pedía calma a su nieta. La indeseable mujer se acercó a ellas y les preguntó de nuevo:

—¿Quiénes son ustedes?

Fue Alberto quien respondió, en un esfuerzo por salvarlas:

—Son lo único que me has dejado tener en la vida. ¡Son mis seres más queridos! ¡No las toques, maldita! Descarga tu odio sobre mí. Ellas nada tienen que ver contigo.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 64 31/10/2018 16:13:13

La bruja las miró con curiosidad, y burlona preguntó:

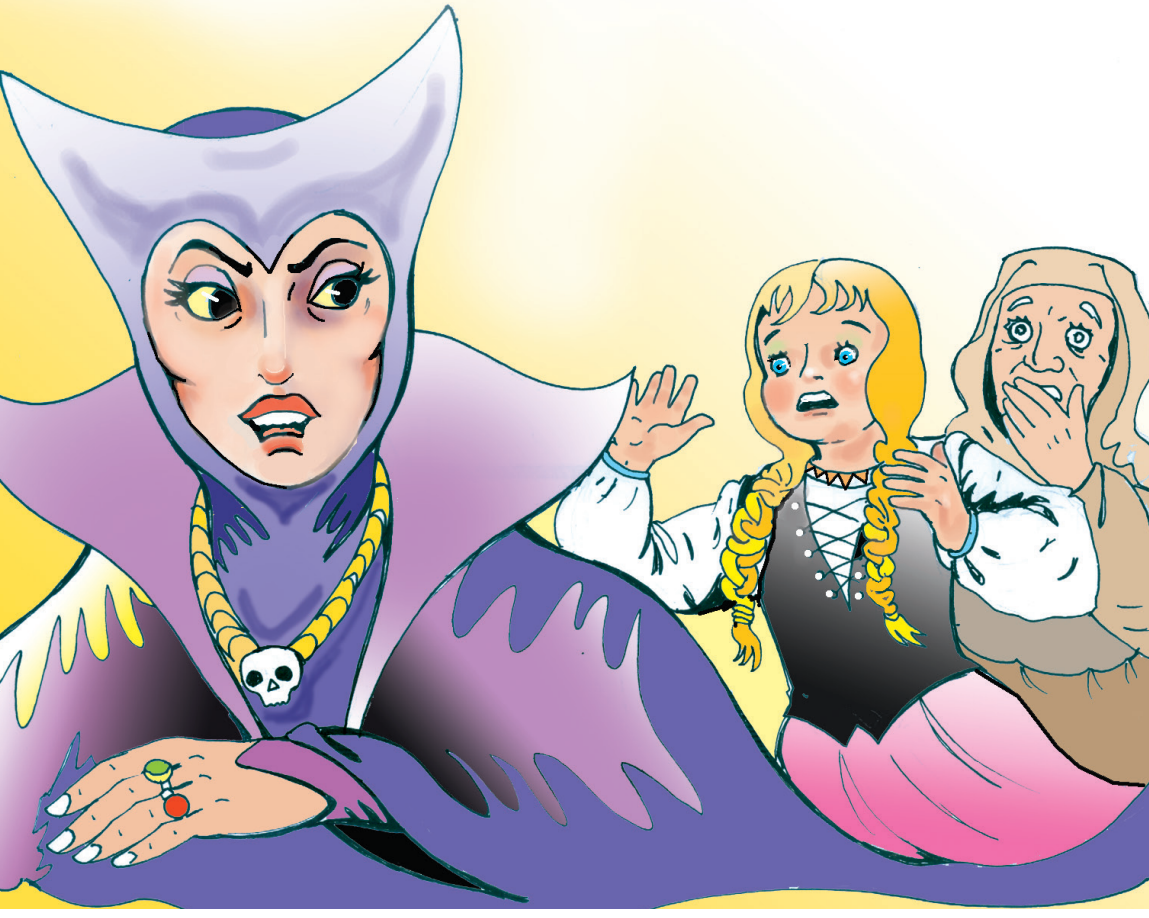
—¿Tus seres queridos? ¡Odio todo lo que es querido para ti! ¡Morirán ahora mismo!

En los ojos de Wendy se apreciaba terror. Alberto, una y otra vez, pedía piedad para sus amigas. La furibunda mujer se dirigió a la anciana:

—Serás la primera en morir. Mis propias manos te estrangularán y luego echaré tu cuerpo a los leones.

La anciana la miró con espantosa tranquilidad. Muy pausada, como si estuviera colmada de felicidad, le sugirió:

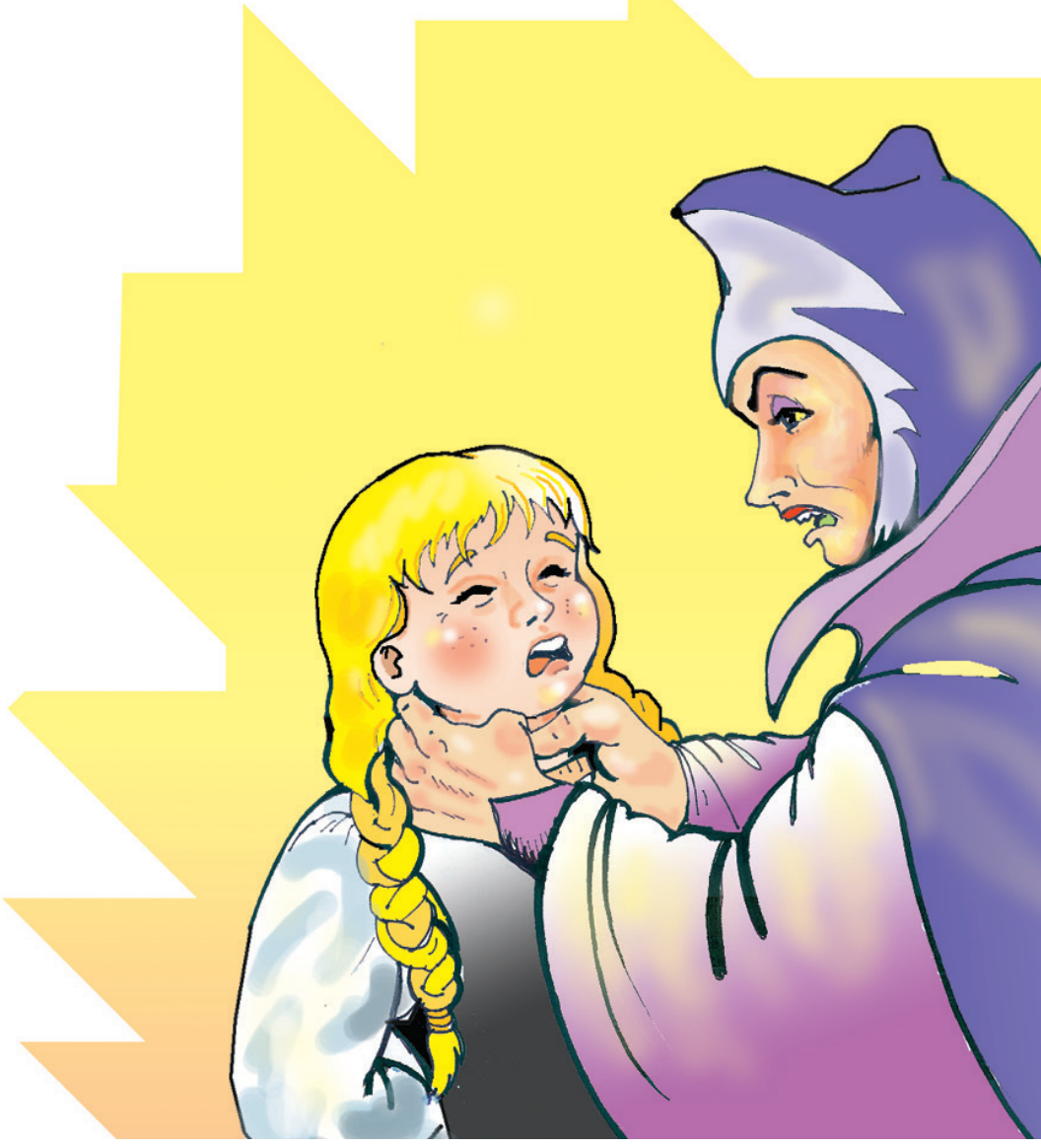
—Estrangule primero a la niña, buena mujer, su cuello es tierno y el mío áspero y arrugado. Además, yo solo acompañaba a estos tontos que han osado retar sus magníficos poderes. Él adora a esa pequeña —hizo énfasis en la última frase.



Las palabras de Francisquita sorprendieron a todos. La bruja rio de buena gana. Alberto, conmovido, vio venir el mundo abajo. Sintió mucha pena por la pobre niña, quien lloraba con desesperación más por las palabras de su adorada abuelita que por el miedo. ¿Cómo podía una anciana tan buena comportarse en circunstancia tan difícil, como una miserable traidora, sin considerar el amor de su propia nieta?

La bruja se acercó a la atribulada niña.

—La vieja tiene razón, primero morirás tú —le dijo a la vez que sus malvadas manos le rodeaban el cuello.



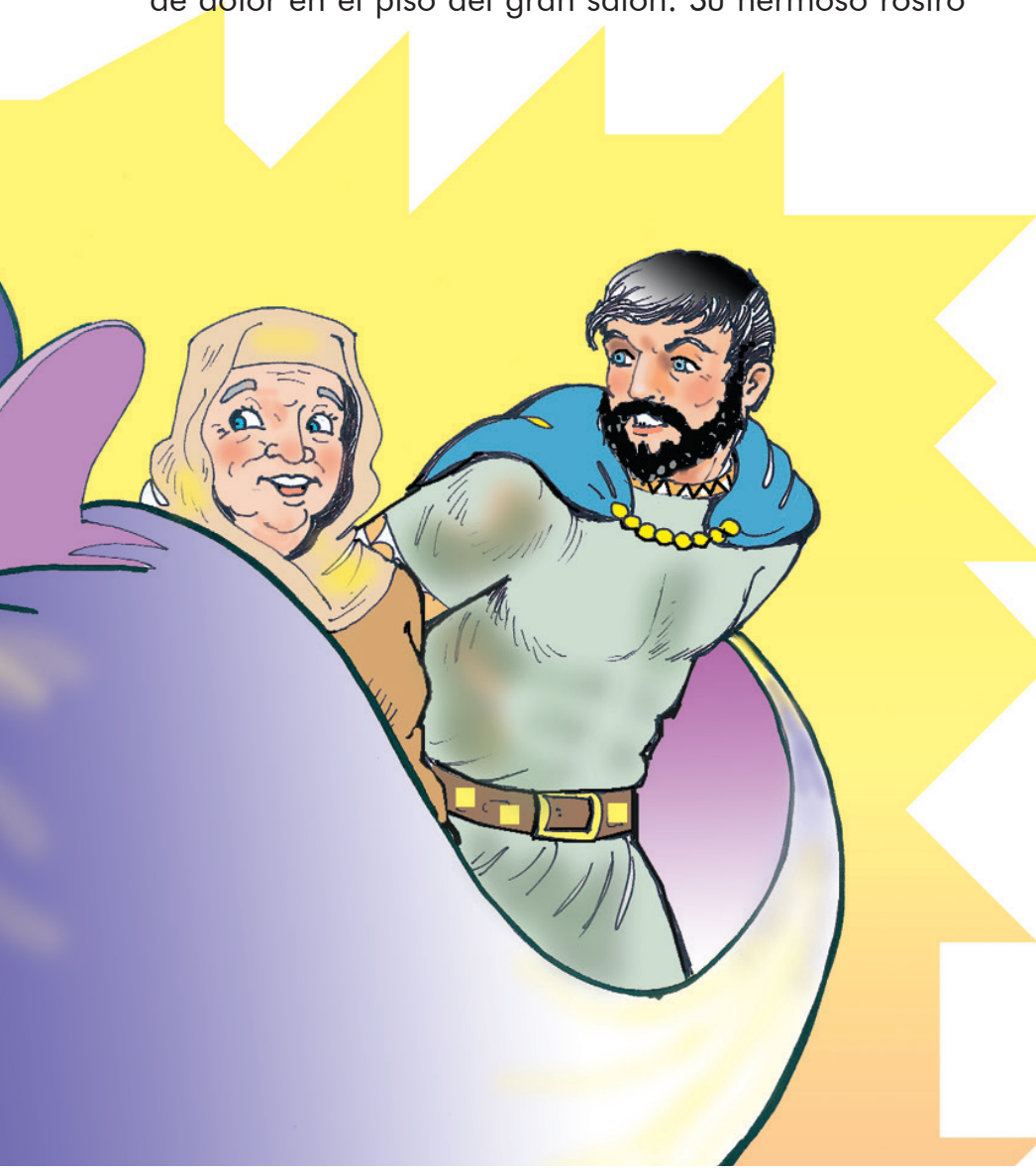
Alberto exhaló un grito de horror. La anciana sonrió satisfecha.

—¡Muere! —gritó la perversa mujer y apretó el cuello de la niña.

Lo que sucedió a continuación nadie, excepto la noble anciana, lo esperaba: la bruja retiró sus manos de inmediato, en medio de lamentos y gritos de desesperación.

—¡No! —horrorizada observaba sus manos—. ¡No puede ser! ¡Tú estás muerta!

Los presentes miraron incrédulos cómo se retorcía de dolor en el piso del gran salón. Su hermoso rostro



se fue desfigurando y apareció el de una vieja muy fea. Por un momento estuvo inmóvil, de repente se levantó y con voz terrible se dirigió a Alberto:

—¡Morirás! —fue prácticamente un chillido.

Dio dos pasos hacia este, pero sus fuerzas no dieron para más. Se desplomó en medio de un estrépito tremendo causado por una tormenta de luz y viento. Sufrió una transformación paulatina, primero en dragón, luego en cuervo que, al tratar de escapar, se desintegró en el aire. La bruja había muerto. Su hechizo estaba deshecho.

En medio del angustioso silencio que siguió, el grito ensordecedor de Alberto estremeció las paredes del salón:

—¡Tú eres mi hija!

Desde que Alberto apareció en las vidas de la niña y su abuelita, y esta conoció el relato del hombre, sospechó que su adorada nieta era la hija de este.

Recordó que un día, al salir de la choza por la mañana, como de costumbre, encontró delante de la puerta una bella criatura envuelta en prendas lujosas.

Pasó el tiempo y nadie vino por ella. Creció con el amor de la anciana, a la que muy pronto llamó abuelita.

Durante los meses que pasaron junto con aquel hombre, Francisquita fue reafirmando la idea de la paternidad. ¡Todo encajaba perfectamente! De ahí su reacción, ante la bruja, de abuela desalmada.

Al conocer esta revelación, Wendy lloró de dicha. Abrazó con tanta fuerza a la abuela, que casi la asfixia. También supo más.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 68 31/10/2018 16:13:14

El personal del castillo, una vez liberado de la maldad, se reunió en torno a ellos. Un anciano contó que la hechicera encomendó a un súbdito la misión de matar a la niña en lo intrincado del bosque para que no aparecieran sus restos. El hombre no pudo negarse, pero sintió pena y compasión por la pequeña. Decidió dejarla donde la pudieran socorrer y creciera alejada del odio.

Ahora Wendy no lloró, solo agradeció a quienes les proporcionaron la dicha que sentía junto a su padre, abuela y sus queridos amiguitos, la liebre y el gorrión, los que no se apartaban de ella.

Como el hechizo quedó deshecho, el esposo de la bruja recobró la lucidez. Entonces comprendió el daño provocado y lo miserable que había sido con su hermano, a quien rogó el castigo merecido. El bueno de Alberto le perdonó. Solo quería paz y felicidad por siempre.

Juntos reinaron durante muchísimos años. Francisquita les quiso como a hijos. Y Wendy fue conocida en toda la comarca y más allá, por su bondad y belleza sin par.

Fin

El duque Pedro

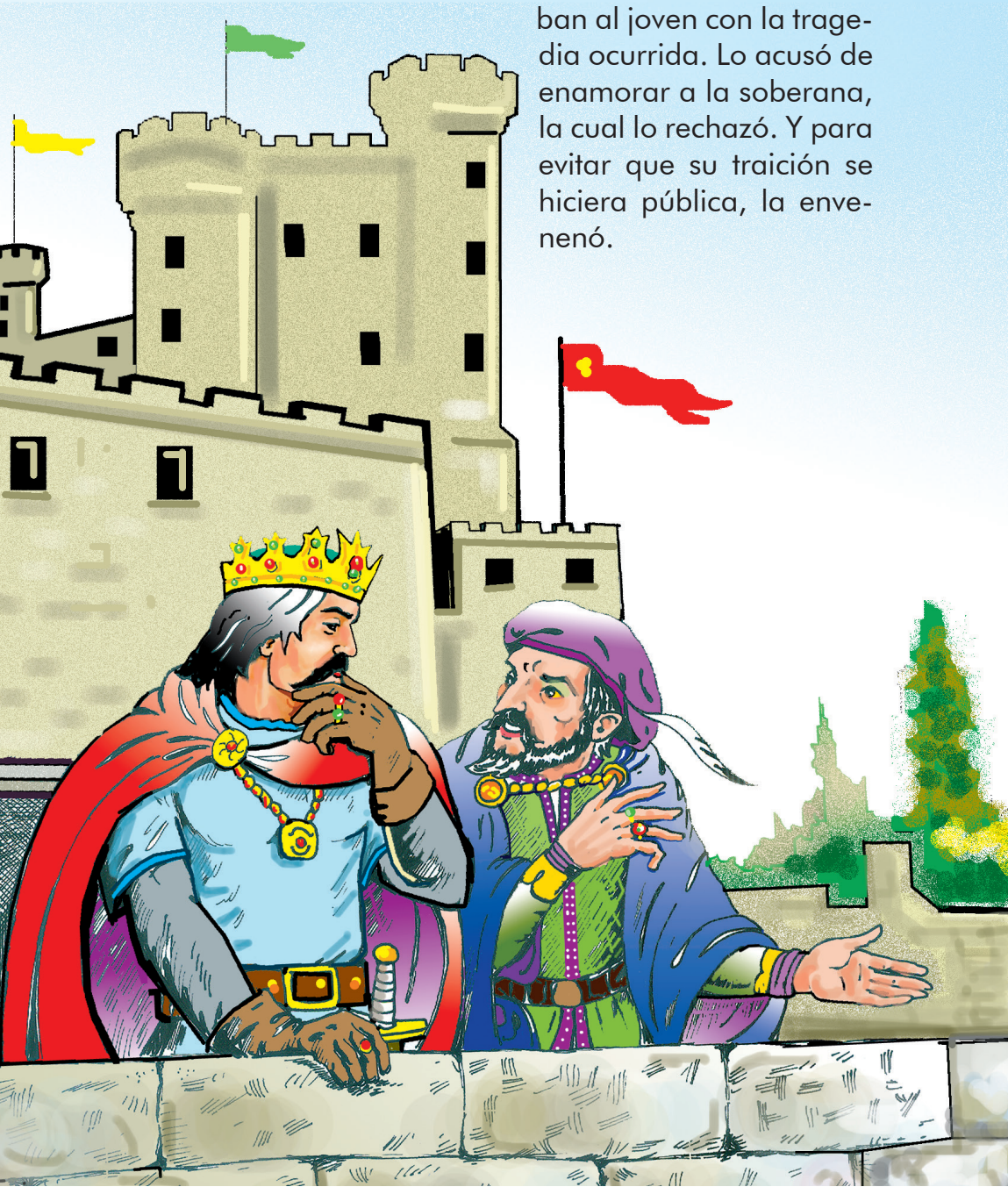
En un paraje muy intrincado de la Europa medieval, habitó un anciano quien, para sobrevivir, se dedicaba a la caza. Se había especializado en preparar las pieles de sus presas, las que vendía en aldeas lejanas.

No acostumbraba ir más allá de los espesos bosques que rodeaban un espléndido reino, donde se distinguían castillos de cúpulas brillantes entre jardines bien cuidados y fuentes con bellas caídas de agua. Era un lugar muy hermoso.

El anciano, en su juventud, perteneció a ese reino y ostentaba la condición de duque. Fue un noble caballero, rico y poderoso. Todos lo miraban con respeto. El duque Pedro, como lo llamaban, era primo hermano del soberano y gozaba de la absoluta confianza de este, quien lo quería como a un verdadero hermano. Pero la maldad los enemistó.

Todo comenzó un funesto amanecer. La reina, muy amada por quienes la conocían, disfrutaba de unos días de descanso acompañada de familiares y amigos en el castillo de Pedro y, de repente, murió.

Uno de los ministros, hombre ambicioso que odiaba al duque, dijo haber encontrado pruebas que vinculaban al joven con la tragedia ocurrida. Lo acusó de enamorar a la soberana, la cual lo rechazó. Y para evitar que su traición se hiciera pública, la envenenó.



El rey, confundido, tenía esperanza de que el joven duque probara su inocencia, pero aquel no lo logró y fue declarado enemigo del reino. Más tarde fue condenado a muerte. El día anterior de la ejecución los criados que siempre le sirvieron, convencidos de la integridad moral de su señor, le ayudaron a escapar, a riesgo de sus propias vidas.

Con la fuga, el soberano consideró probada la culpa del duque. De inmediato ordenó la persecución, captura y pronta ejecución de este. Con tristeza le entregó al ministro traidor el título y todas las propiedades de Pedro, incluso, el hermoso castillo, como recompensa por su aparente fidelidad.

El fugitivo vagó sin rumbo, pensó que solo podría escapar de los soldados si se mantenía aislado y bien alejado de quienes pudieran reconocerle. Decidió internarse en la espesura del bosque.

Antes, tuvo la posibilidad de confesarse con un sacerdote, y eso le dio cierta tranquilidad espiritual.

Carente de dinero, sin esperanza alguna, ni seguidores y con una tristeza que le ahogaba, vivía en absoluta soledad. No tenía la menor idea de cuál sería su futuro. Pocos años después encontró un compañero, Hidalgo, un viejo caballo que rescató de las garras de los lobos. Juntos recorrían el bosque en todas direcciones en busca de las escasas cosas que exigía su vida.

Mientras, en el castillo continuaban las desgracias. Poco tiempo después de la muerte de la esposa, el rey perdió el mayor de sus hijos, el príncipe heredero. Latente aún el dolor, fallecieron también los otros descendientes. El soberano quedó sin familiares cercanos.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 77 31/10/2018 16:13:18

Durante algunos años vivió sumido en la más terrible melancolía. Culpaba una y otra vez de su infortunio al duque Pedro, pues estaba convencido de que las muertes de los hijos tenían origen en el enorme sufrimiento por la pérdida de la madre.

El confesor de la corte, el mismo a quien Pedro le contó sus penas, le reprochaba al soberano la ceguera en la forma de actuar, pero este no comprendía, no era capaz de imaginarse siquiera que estaba equivocado. Resultaba lógico porque en sus argumentos el clérigo no era explícito, pues de acuerdo con las leyes de su religión, no podía revelar el secreto de confesión.

Todo ese tiempo el rey vivió sin familia. Un buen día, aconsejado por amigos, decidió casarse nuevamente. Una niña fue el fruto de su reciente amor. Aunque él quería un varón, un príncipe heredero que lo ayudara a dirigir su amado pueblo, recibió con cariño a la bebita.

Un segundo embarazo de la esposa le alegró muchísimo, pero ella tenía una salud muy débil, y murió. Otra vez se apoderó de él la tristeza y el desaliento, el único incentivo era su hija. Se apegó tanto a esta que ni un instante la perdía de vista. La hermosa niña era su vida y sustento, la única fuerza que le permitía enfrentar la triste realidad. Y ella, tan bella como una diosa, amaba al padre con adoración. La alegre criatura había devuelto la dicha al reino.

Transcurridos algunos años Pedro había envejecido muy rápido. Las duras condiciones en que vivía le provocaron agotamiento. Sus piernas, las mismas que le habían llevado de un lado a otro del bosque incon-

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 78 31/10/2018 16:13:18

tables veces sin protestar, ahora no soportaban largas caminatas. Y sus poderosos brazos ya no podían lanzar las flechas tan lejos y veloces como antes. Cuando se dio cuenta de esa realidad decidió buscar una forma de vida diferente.

Sin pensarlo demasiado se internó aún más en el bosque. En un lugar que amaba levantó una choza y preparó un huerto cuyos frutos le garantizarían la subsistencia. En compañía de Hidalgo decidió vivir tranquilamente el resto de sus días.

Pedro se alimentaba bien, pues, además del sembrado, el bosque le ofrecía abundantes frutas, raíces, animales silvestres... También el caballo se deleitaba con la tierna hierba que crecía por doquier.

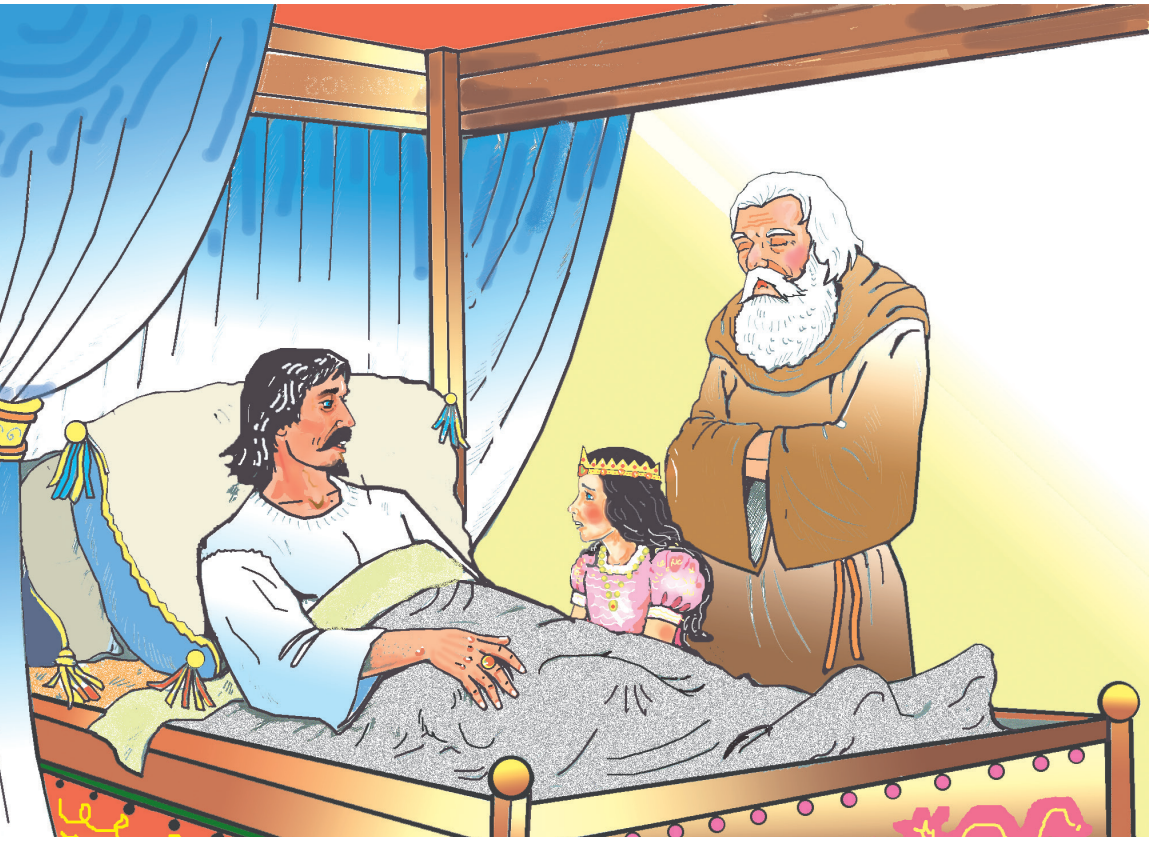
Llegada la etapa más crítica del invierno se encerraba en la choza, donde Hidalgo gozaba de su espacio. Afuera los hijos de la naturaleza mostraban ira y los campos quedaban cubiertos de nieve. El silencio era permanente, interrumpido solamente por el aullido de los lobos.

A pesar del paso del tiempo, el anciano no se conformaba. Sentía tristeza por la injusticia de la que fue víctima, y en su pecho permanecía viva la esperanza de recuperar la confianza del rey a quien no odiaba pese a todo lo ocurrido, y de regresar a sus propiedades para morir allí. ¡Era un sueño! ¡Un sueño difícil de lograr!

Un día el ministro traidor, el mismo que había causado la ruina del duque Pedro, enfermó gravemente. En la agonía, rogó al soberano perdón, quien sin comprender el porqué, le consolaba. Pocos minutos antes de morir, el hombre confesó su culpa, declaró cómo concibió y ejecutó el plan para asesinar a la reina y así apoderarse del título y las propiedades del duque.

El rey no quiso ser injusto como lo fue con Pedro. Hombre bueno al fin, perdonó al moribundo. Pero no pudo perdonarse a sí mismo. La amarga realidad lo dejó atolondrado. Repetía constantemente: "¡Qué maldad! ¡Cuánto daño le provoqué al buen duque! ¡Siempre me fue fiel, y lo amé como a un hermano!"

Durante varios días no pudo dormir ni comer, permaneció tendido en su lecho. Lloraba y se maldecía sin



consuelo. Tanto era el pesar que creyó llegaba el final de su vida. La hija, quien era ya una bella jovencita, angustiada, no se apartaba de su lado.

Entonces hizo llamar al confesor para aliviar el dolor espiritual que le agobiaba. El cura entró en el cuarto y al verle tan desmejorado le señaló:

—Majestad, aún no es tiempo de morir. Le queda una misión que cumplir. ¡Qué Dios lo bendiga!

Con la última palaba el religioso desapareció como por encanto. El rey y su hija quedaron dominados por el asombro. El soberano solo atinó a balbucear:

—¿Cuál es esa misión?

La jovencita, recuperada, le dijo:

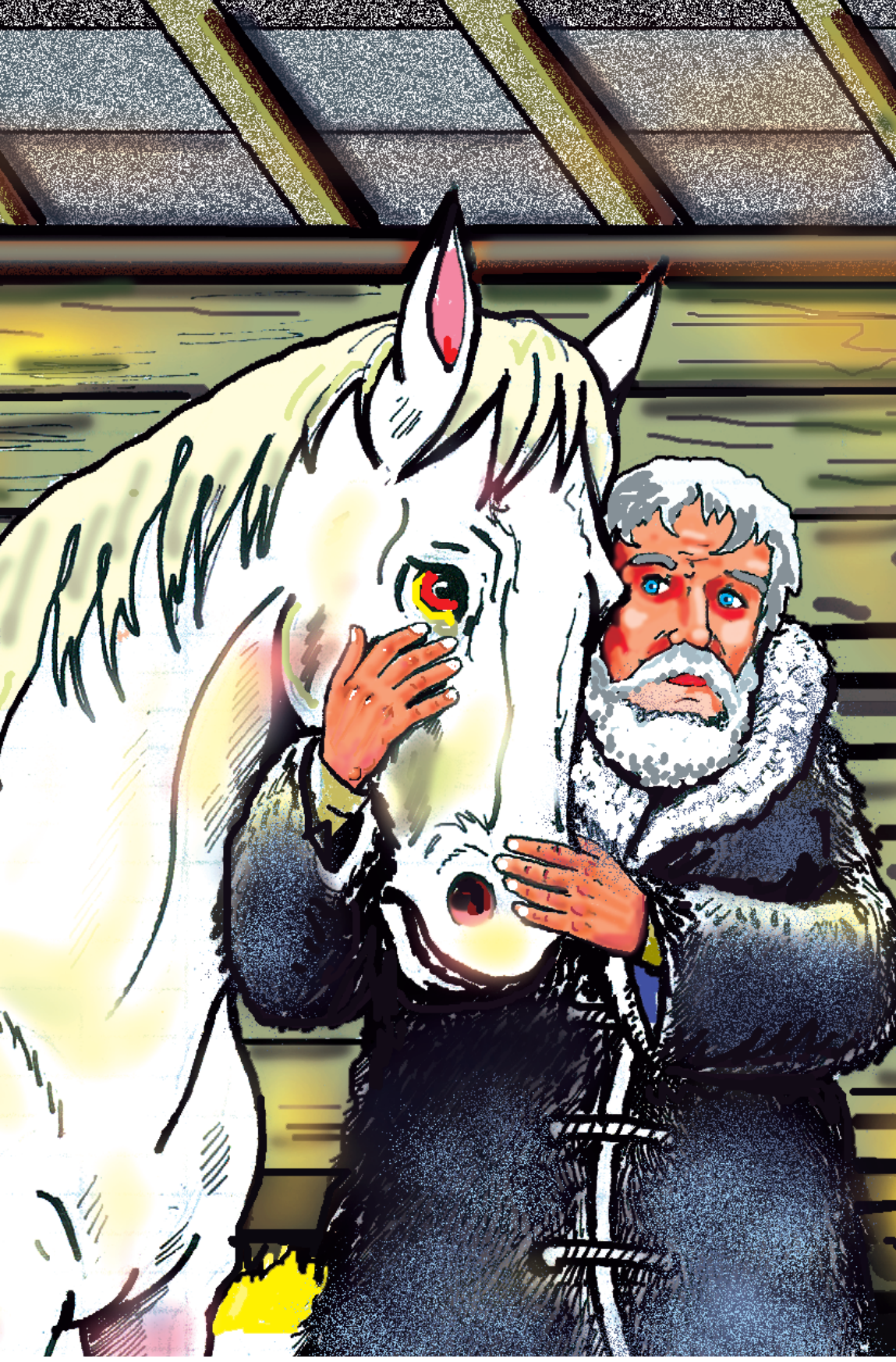
—Yo te la mostraré, padre.

Una mañana muy fría, cuando el bosque rugía bajo el efecto de una tormenta de nieve, a los oídos de Pedro, quien tomaba el desayuno cerca del fuego, llegaron aullidos de lobos que perseguían alguna víctima. El caballo, que dormía aún, despertó muy agitado con alarmantes relinchos. El anciano notó su intranquilidad y le preguntó:

—¿Sucede algo, Hidalgo? ¿O es que le temes a esos lobos? No te preocupes, mi amigo, que no podrán entrar en la casa, y si así lo hicieran, convencido puedes estar de que con todo lo viejo que estoy soy capaz de batirme con cuarenta de ellos juntos. ¿No recuerdas la vez que te salvé? Bueno, si tengo que hacerlo de nuevo, lo haré con mucho gusto.

Las palabras del amo no tuvieron el más mínimo efecto. Los aullidos se sentían cada vez más cerca y el pobre animal, aterrado, se paseaba nervioso de un

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 81 31/10/2018 16:13:18



lado al otro de la habitación, con las orejas empinadas en dirección del peligro.

Pedro se alarmó por la reacción de este, pues, aunque temeroso de los lobos por naturaleza, desde que le hacía compañía nunca había mostrado ese comportamiento ante nada. Dejó a un lado el desayuno y le frotó con suavidad la cabeza. El animal temblaba. A pesar del intenso frío su piel sudaba copiosamente.

Fue entonces cuando el grito de una joven estremeció de horror al noble anciano.

—Pero... ¿qué es esto? —exclamó a la vez que llevaba sus manos al pecho.

Sin pensarlo dos veces se armó con arco y flechas y, blandiendo la espada, se lanzó al exterior.

—¡Dame fuerzas, Dios mío! —gritaba con todas sus fuerzas.

La tormenta le recibió con terribles sacudidas. La nieve lo cubría todo y envolvía su cuerpo, lo cual le

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 85 31/10/2018 16:13:19

impedía libertad de movimientos. Por un momento las ráfagas de viento cargadas de nieve no le permitieron ver nada, pero al marchar en dirección de los aullidos logró distinguir a una muchachita quien, desesperada, corría perseguida de cerca por los lobos.

—¡Venga hacia mí, hija, venga hacia mí! —gritó sin dejar de avanzar.

La joven oyó la voz, vio al anciano y de inmediato obedeció, pero el lobo que guiaba la manada, un

enorme animal con grandes y afilados dientes, dio un salto y con la boca abierta cayó sobre ella. Por suerte la bestia perdió el equilibrio, rodó por el suelo y se cubrió de nieve.

Desesperado, el anciano lanzó una primera flecha, y la fiera que estaba más cercana de la muchacha quedó fuera de combate en medio de aullidos de rabia y dolor. Sin detenerse un instante, lanzó otra. Cada vez que disparaba derribaba un agresor. Jadeaba, pero estaba dispuesto a sacrificarlo todo por salvar a la desconocida. Y no estaba solo: a su lado Hidalgo, su fiel caballo, relinchaba y pateaba violentamente a los lobos.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 87 31/10/2018 16:13:20

La pelea duró poco, pues las fieras, sorprendidas ante la inesperada resistencia del anciano, huyeron despavoridas. Varias de la pandilla quedaron sin vida en el campo de batalla.

Tan pronto los atacantes se marcharon, Pedro se dirigió hacia el lugar donde yacía la asustada joven, quien, sin fuerzas, se había desmayado. Con ternura la tomó en brazos y, desafiando nuevamente el vendaval, se encaminó hacia su choza. Era muy bella. Tal era la belleza que hasta Hidalgo la miraba y daba la impresión de que sus ojos expresaban agrado.

Pedro la curó y, confiado en la pronta recuperación, se sentó para esperar que volviera en sí y entonces saber quién era y en qué podía ayudarla. Transcurridos escasos minutos sintió toques en la puerta de la choza.

Con esa terrible tormenta, ¿quién podría ser? La imagen que acudió o su mente fue la de unos padres desesperados, que perdieron de vista a su hija durante un paseo por el bosque.

Se dirigió a la puerta, la abrió... Palideció, el corazón latió con tanta fuerza que creyó quedar sin sentido. Frente a él, cubierto de nieve y el rostro lleno de lágrimas y sufrimiento, se encontraba el rey, el mismo que tan injustamente le había destruido su vida. A pesar del tiempo transcurrido ambos hombres se reconocieron.

Al ver a Pedro, el soberano cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos. Era una escena penosa. Entre sollozos expresó:

—¡Perdóname, Pedro! ¡Oh, Pedro, mi amigo, todos mis hijos han muerto! ¡Mi última esperanza, mi adorada hija, el ser que me ataba a la vida, también acaba de morir en las garras de los lobos! ¡Pedro, por favor, perdóname!

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 89 31/10/2018 16:13:20

El anciano no salía de su asombro, y preguntó con timidez:

—¿Su hija, majestad?

—Sí, mi buen Pedro, la hija que iluminaba mis días y me hacía sentir feliz. Desde hace dos semanas te buscábamos, porque sabíamos que aún vivías, para rogarte de rodillas que me perdonaras. Hace un rato una manada de lobos nos atacó y mientras mis hombres y yo les hacíamos frente, mi pobre niña se asustó y corrió, perseguida por decenas de ellos. Pedro, ha llegado la hora de mi muerte. Sin tu perdón no podré descansar en paz.

Pedro se inclinó y con mucho cariño lo ayudó a levantarse, al tiempo que preguntaba:

—¡Oh, majestad!, ¿su hija es una jovencita muy...?

El rey, sorprendido, interrumpió:

—Sí, mi buen Pedro.

—¿Y es bella como una diosa?

El soberano no podía contener su ansiedad y exclamó fuera de sí:

—¡Tan bella como la misma Venus!

Pedro se echó a un lado, y a la vez que hacía una reverencia, dijo:

—Pase a su choza, majestad, que su hija espera por usted.

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 91 31/10/2018 16:13:21

Pedro perdonó al rey y este, como recompensa, no solo le devolvió su título de duque y sus propiedades, sino que compartió el gobierno del reino con él. Vivieron como buenos hermanos por muchos años, pues, aunque ya eran ancianos, la nueva felicidad les dio vigor y entusiasmo. Todos en la comarca respetaban y querían al rey y al duque Pedro.

Fin

WENDY y EL DUQUE PEDRO.indd 92 31/10/2018 16:13:21

Índice

Wendy /9

El duque Pedro /173